



**ACREDITACIÓN
INSTITUCIONAL EN
ALTA CALIDAD**
Resolución 008607 de mayo 16 de 2022

*Entre surcos de café y calles fragmentadas: pedagogías del espacio vivido en busca de la
justicia territorial juvenil en una Manizales desigual.*

Juan Ricardo Orozco López

Tesis de maestría presentada para optar por el título de Magíster en Educación y Derechos
Humanos

Modalidad: Ensayo académico

Asesora

Susana Valencia Cárdenas, doctora en Derecho

Universidad Autónoma Latinoamericana (UNAULA)

Escuela de Posgrados

Maestría en Educación y Derechos Humanos

Medellín, Antioquia, Colombia

2025

José Rodrigo Flórez Ruiz

Rector

Universidad Autónoma Latinoamericana

Hernán Darío Aguiar Garcés

Decano de Escuela de Posgrados

César Alejandro Osorio Moreno

Coordinador de la Maestría en Educación y Derechos Humanos

Diana Patricia Restrepo Ruíz

Ángela Jasmín Fonseca Reyes

Evaluatoras

El trabajo de grado fue sustentado el 25 de noviembre de 2025 y obtuvo una aprobación unánime de conformidad con el Acuerdo 195 del Consejo Académico de 2016, lo cual quedó en el consignado en el acta de evaluación de trabajos de grado # 00 de 0000.

*Entre surcos de café y calles fragmentadas:
pedagogías del espacio vivido en busca de
la justicia territorial juvenil en una
Manizales desigual.*



2025

Nota. El espacio vivido (el café, el mapa) en tensión con el espacio construido (la ciudad). Imagen generada con IA (Gemini, 2025).

*A mis padres, hermanos y hermana la tierra primera donde todo germina,
y a mi esposa, el abrazo constante que sostiene mi molienda.*

*Y junto a ellos, dedico estas líneas a quienes viven la pasión por la
formación humana allí donde el asfalto se agrieta. A los guardianes de los
territorios, esos "otros padres y madres" que, sin llevar el apellido, cargan
en sus hombros los sueños de la niñez y la juventud. Ustedes, que cuidan
el brote más frágil en medio de la tormenta, son el suelo fértil de esta
cosecha.*

Tabla de contenido – Trazos y surcos

<i>1. Introducción.....</i>	<i>9</i>
1.1 El café que me nombra, memoria viva de quien escribe.....	9
1.2 El primer aroma: reconocer la ciudad desde el margen.....	17
<i>2. Proceso metodológico.....</i>	<i>42</i>
2.1 Molienda gruesa: caminos para acercarse al grano.....	42
<i>3. Desarrollo expositivo y argumentativo.....</i>	<i>46</i>
3.1 Una mirada histórica a la desigualdad territorial en Manizales.....	47
3.2 El fuego que educa: transformando el espacio vivido.....	61
3.3 Donde la ciudad no llega, la dignidad florece.....	62
3.4 El café tostado en la sombra: resistencias que maduran despacio.....	63
3.5 Molido fino: abrir la molienda a otros sentidos.....	64
3.6 Las cinco semillas pedagógicas.....	69
<i>4. Conclusión.....</i>	<i>80</i>
4.1 El retrogusto del territorio, lo que permanece cuando el café se “enfría”.....	80
<i>5. Referencias.....</i>	<i>83</i>
5.1 Raíces bibliográficas.....	83

LISTA DE TABLAS

Tabla 1. Semillas pedagógicas inspiradas en la obra de Paulo

Freire _____ **64**

Resumen

En los márgenes de la ciudad, donde la promesa de derechos se quiebra, brotan semillas silenciosas de resistencia. Este ensayo argumentativo camina esas grietas para escuchar, sembrar y aprender desde *abajo*. Manizales, ciudad de pendientes abruptas y memorias divididas, es también territorio de siembras invisibles. Caminaremos sus calles fragmentadas para escuchar lo que a veces no se dice, pero se respira: la pedagogía que brota de los *márgenes*, sembrada por juventudes que rehacen día a día su derecho a existir y habitar la ciudad. Más que un análisis distante, el texto se sumerge en prácticas vivas: huertas urbanas que devuelven verde donde hubo polvo, murales que gritan historias en las paredes agrietadas, radios que devuelven la palabra allí donde antes solo hubo silencio. Inspirado en Paulo Freire, Henri Lefebvre, David Harvey y Rogério Haesbert, el ensayo se mueve entre la educación popular, los derechos humanos y la justicia territorial como semillas que buscan germinar en suelos complejos. Se proponen cinco semillas pedagógicas —*no fórmulas, no recetas*— como invitaciones abiertas: para desaprender el territorio, sembrar la palabra, imaginar el porvenir, educar desde la vida y abrazar con ternura la crítica. Cada semilla brota desde la certeza de que educar no es adoctrinar, sino sembrar posibilidades donde otros solo ven ruinas. No hay aquí respuestas cerradas. Solo un puñado de surcos abiertos, listos para quien quiera sembrar, cuidar y cosechar dignidad en un tiempo donde resistir, también es cultivar memoria.

Palabras clave

Justicia territorial juvenil, pedagogías del espacio vivido, juventudes populares, educación popular crítica, reterritorialización urbana, derecho a la ciudad, desplazamiento intraurbano, memoria barrial, territorio educativo.

Abstract

On the city's fringes, where the promise of rights is broken, silent seeds of resistance sprout. This argumentative essay walks those cracks to listen, sow, and learn from below. Manizales, a city of steep slopes and divided memories, is also a territory of invisible plantings. We will walk its fragmented streets to hear what is sometimes unspoken but hangs in the air: the pedagogy that springs from the margins, sown by young people who day after day reclaim their right to exist and inhabit the city. More than a detached analysis, the text immerses itself in living practices: urban gardens that bring green back where there was only dust, murals that shout stories on cracked walls, and radios that restore voices where before there was only silence. Inspired by Paulo Freire, Henri Lefebvre, David Harvey, and Rogério Haesbert, the essay moves between popular education, human rights, and territorial justice as seeds seeking to germinate in complex soils. Five pedagogical seeds—not formulas, not recipes—are proposed as open invitations: to unlearn the territory, sow the word, imagine the future, educate from life, and embrace criticism with tenderness. Each seed sprouts from the certainty that educating is not indoctrinating, but sowing possibilities where others see only ruins. There are no definitive answers here. Just a handful of open furrows, ready for anyone who wants to sow, tend, and harvest dignity in a time when resisting is also cultivating memory.

Key Words

Youth territorial justice, pedagogies of lived space, popular youth, critical popular education, urban reterritorialization, right to the city, intraurban displacement, neighborhood memory, educational territory.

1. Introducción.

1.1 El café que me nombra, memoria viva de quien escribe.

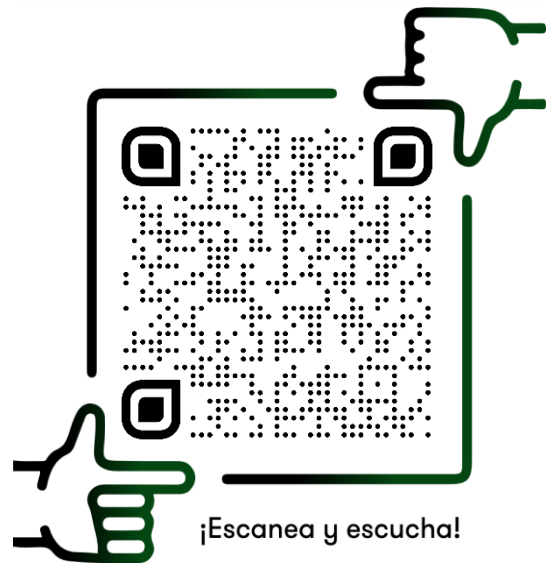
De la raíz a la nota, de las historias cantadas y las enseñanzas encarnadas.

Antes de leer estas líneas, te invito a escuchar. ¡Sí!, escuchar. Porque la voz que aquí escribe no llega desde la tinta fría, sino desde la cuerda, desde la garganta que alguna vez fue eco de calle, bambuco, urbe y pueblo. Escanea el código QR que acompaña esta página. Al hacerlo, no solo abrirás un enlace a una canción, sino un surco sembrado de memoria.

La canción se llama *Susurrao*, y es un bambuco colombiano compuesto e interpretado por mi persona, como parte de la agrupación de rock mestizo *Señor Coffee*. Es mi forma de decirte, a quien me lee, que antes de hablarte como investigador, te hablo como cuerpo que canta, como historia que resiste, como café que se ha tostado en la sombra de los márgenes.

Escúchala mientras lees.

Deja que el café empiece a resonar con vos (voz).



A continuación, comparto la letra de la canción *Susurrao*, que antecede este ensayo: mi voz cantada antes de ser escrita, sembrada en acordes antes que en argumentos.

“Susurrao”

Bambuco - colombiano

Letra y música: Juan Ricardo Orozco López

Interpreta: agrupación de rock mestizo, Señor Coffee.

I Estrofa

Soy el árbol que dejaron hace años,
Plantado en esta estepa taciturna.
Sembrando lienzos de aderezos nobles
Soñando con retornos de ilusión.

II Estrofa

Soy el alma de los niños perseguidos,
Descanso a los pasos de extraviados.
No cortes nuestra fe, no desampares.
Tonadas del cantor para ser libres.

Coro

No, no, no...
Hace tanto tiempo que te espero, vida mía.
Abrazame y mira tus marcas de amor.
No se ha ido la respuesta del porqué.
No, no, no...
Acuérdate de mí y de los ocasos del ayer.
Mis hojas te rozan la cara; acuérdate de mí.
Y del tiempo que se fue... y no volverá.

III Estrofa

Soy el árbol que dejaron casi muerto,
Testigo de los días y las noches.
Y aunque me arrebataron los colores,
Veré con el alma de la tierra.

Puente

Mírame, no me he ido... Te he extrañado, mi amor.
Mírame, no me he ido... Te he esperado, mi amor.

IV Estrofa

No vengas a decir que ya no puedes.
No digas que ya no quieres mi sombra,
Soy el árbol que un día plantaste.
No te lleves a mi corazón.

Sembrar no es solo un gesto de tierra húmeda y manos abiertas. También se siembra en la garganta, en la cuerda que vibra, en el verso que nace desde el borde y canta lo que no tuvo aula. La canción *Susurrao*, enraizada desde la *parcelita* de la banda Señor Coffee, no es un adorno sonoro para este ensayo: es su raíz primera, su melodía política, su memoria encarnada.

Desde sus primeras notas, *Susurrao* entona la historia de un árbol plantado y olvidado —como tantos cuerpos sembrados en los márgenes—, pero que, sin embargo, sigue de pie. Ese árbol no es metáfora lejana: Soy yo. Es también mi familia, mis amigos cercanos y también los no presentes. Mis vecinos, mi pueblo, mi barrio, mi nueva ciudad, mi juventud entre la violencia en el norte del departamento de Caldas y el arte; todos mis estudiantes a quienes he escuchado con voz de tambor y cuadernos vacíos, durante estos años de labor pedagógica. Soy ese árbol que canta a pesar del viento, que da sombra sin pedir permiso, que florece, aunque le nieguen la estación. La letra no se escribió solamente para gustar, también para resistir. Es un acto pedagógico desde la música, una siembra estética que brota de territorios donde la esperanza es casi un delito.

En sus estrofas viven los niños y adolescentes perseguidos que aún sueñan con jugar sin miedo, los pasos de los extraviados que encontraron en un mural, en un *parche* de amigos o en una canción un lugar donde volver. *Susurrao* es una declaración de memoria, pero también de ternura: no toda resistencia grita. Algunas, como el café hecho a fuego lento, necesitan tiempo, silencio y buena sombra. La imagen del árbol que mira con el alma de la tierra es también la metáfora de quienes aprendemos desde abajo, desde el borde, desde la entraña del conflicto y la caricia.

Esta canción —como el ensayo que la abriga— no busca clausuras ni aplausos. Busca acompañar. Porque cada verso suyo contiene los surcos de una ciudad desigual y los ritmos de una pedagogía que no se decreta, sino que se canta, se cuenta, se camina, se teje, que se reconstruye. Aquí, entonces, el café ya no solo huele: se oye.

Y tras esa escucha, dejo esta reflexión como autor, como educador, como músico que un día fue niño, adolescente y joven en los márgenes de un pueblo como Aguadas y una ciudad llamada Manizales que, sin saberlo y hasta el presente, han sido mi escuela.

Aquí comienza el grano que me nombra...

He nacido más de una vez. Primero en Aguadas, Caldas, en una estadía corta de tres meses. Desde pequeño, los cambios forjaron mi camino y mi vereda. Migré hacia Bogotá, donde el ruido, los grises y los buses marcaban el ritmo de mis primeros pasos. Allí aprendí a nombrar el mundo con una cadencia distinta, entre colegios privados y rutinas estructuradas. Pero la vida, siempre terca en sus giros, me llevó de vuelta a la tierra de mis padres: Aguadas.

Era 1999. Tenía diez años y por primera vez supe lo que era el olor limpio del pasto, el susurro de las montañas, vi yeguas y caballos por las calles, conocí campesinado de frente y en sus fincas, aprendí a saludar y a despedirme como mis abuelos y abuelas: con un *Dios le pague* y con una sonrisa en el rostro, me puse el sombrero aguadeño y comprendí que el pionono era el mejor dulce del mundo, adopté el acento que no era el mío —del rolo cantado al seseo cafetero—, y que terminaría siendo mío por afecto y memoria. Allí no solo cambiaron las palabras, también el tiempo. La escuela estaba a pie, las calles eran empinadas y el aire pesaba menos. Fue mi primera mudanza de mundo: del cemento al surco, de la capital al cafetal.

De ahí en adelante, mi vida se tejió entre dos ejes: la educación y la música. “Fracasé” en una ingeniería en Manizales, sí. Pero volví a encontrarme en la Escuela Normal de Aguadas, como quien vuelve a su raíz. Allí aprendí que enseñar no es llenar vacíos, sino acompañar vacilaciones. Y también, que ser maestro es una forma de dignificar la vida. El arte —ese arte que sana, incomoda y cuestiona— me acompaña desde siempre, como una cuerda tensa pero firme. Fue entonces cuando la música dejó de ser solo melodía para convertirse en lenguaje político. Fundé *Señor Coffee*, una banda que mezclaba rock, reggae, pasillo y bambuco, para cantar al campesinado olvidado, a las injusticias del gamonalismo del siglo XXI y a los silencios aferrados en la tierra.

Mi voz, entonces, no solo salía por la guitarra: también empezó a escribir. Hoy soy normalista superior, licenciado en Ciencias Sociales, tesista de la Maestría en Educación y Derechos Humanos, pero sobre todo soy un educador que aprendió desde los márgenes, y que se resiste a educar desde el centro. Este ensayo, más que un requisito académico, es una necesidad vital desde mi rol de formador y artista. Escribo porque me duele el poder que humilla, la ciudad que excluye, los muros invisibles del clasismo urbano, las tonadas potentes que se van por el aire. Porque he vivido en casas de familia para poder estudiar en Manizales, he sentido la distancia de ser estudiante de pueblo, he caminado largas laderas no solo para llegar a clase, sino para resistir en ellas.

Manizales me enseñó el amor y el desamor, la soledad del foráneo y la solidaridad del aula. Me enseñó que la ciudad también educa, forma y forja, pero no a todos por igual. Aprendí que muchos jóvenes de las comunas no necesitan más diagnósticos, sino acompañamientos sinceros, pedagógicos, situados. Hoy sé que la justicia territorial no se decreta desde los escritorios: se siembra desde el aula, se riega con escucha, se cultiva con paciencia, se cosecha con ternura crítica.

La música ha sido mi maestro silencioso. A través de ella aprendí que la libertad no siempre se grita: a veces se canta o espera en el silencio métrico. Que el amor no se exige: se construye. Que las y los estudiantes no necesitan modelos perfectos, sino guías honestas, humanas, sensibles. Mi manera de educar es cuestionar lo aparente, incomodar lo cómodo, invitar a pensar con el corazón. Sueño una pedagogía sin prejuicios, una justicia sin fronteras simbólicas. Sueño con ofrecer un café intenso, robusto, con sabor a realidad y retrogusto de esperanza. Un café que invite a la acción, que abrace mientras confronta, que huela a paz, a caramelo, a montaña, a vereda, a chocolate con pan en una mañana fría en el barrio.

Por eso escribo este ensayo. Porque creo, como Freire, que la esperanza no es ingenuidad, sino apuesta radical por lo posible. Porque deseo que otras maestras y otros maestros —de escuelas, de veredas, de universidades, educadores populares— encuentren aquí no una fórmula, sino una provocación: ¿qué aroma deja nuestra enseñanza? ¿qué café estamos preparando? ¿quién lo muele? ¿quién lo sirve? ¿quién lo bebe? ¿quién lo invita?

Este café que me nombra está hecho de todas mis raíces: las que pisaron la gran ciudad y las que se hundieron en el surco. Está hecho de canciones, de fracasos, de abrazos y de luchas. De estudiantes que me enseñaron a enseñar. De calles que no olvido. De historias que me formaron más allá de cualquier currículo. Así, desde esta voz que ha sido sembrada en múltiples tierras —entre la infancia bogotana, el arraigo aguadeño y los aprendizajes en las laderas manizaleñas—, paso del grano que me nombra a los territorios que me interpelan. Porque este texto no simplemente brota de mi historia, sino también del deseo profundo de reconocer la ciudad desde quienes la habitan en sus márgenes, desde los cuerpos que la caminan sin privilegios, desde las juventudes que, como el café, resisten en la pendiente, se cultivan en sombra y liberan sus esencias cuando el calor de la experiencia las tuesta con dignidad.

La apuesta de este ensayo, por tanto, no es únicamente analítica o diagnóstica, sino también ético-política. Busca sensibilizar a los y las docentes de la educación formal para que puedan reconocer en ellos y ellas mismas y en sus estudiantes las huellas o, más bien, el retrogusto, al haber probado un buen café, de estas pedagogías del espacio vivido y para que sean capaces de reconfigurar su práctica desde una perspectiva más situada, más humana y comprometida con la justicia territorial. Así como lo expresa Freire (2002) en sus *Cartas a quien pretende enseñar*, enseñar exige respeto a los saberes de los educandos, exige la corporeización de las palabras por el ejemplo.

Más allá de la denuncia de la desigualdad, esta provocación escritural quiere ser también un ejercicio de esperanza, de esa esperanza activa que permite imaginar otros mundos posibles. Como afirma Freire (1994), la desesperanza es también una forma de silencio, de inmovilidad, de parálisis. Este texto entonces se escribe desde la esperanza de que es posible construir pedagogías territoriales que no reproduzcan el mapa del poder por el poder, sino que lo cuestionen, lo reinventen y lo pongan al servicio de quienes han sido históricamente excluidos y, a su vez, en el *re-conocimiento* del otro y la otra —no como acto de identificación superficial, sino como volver a pasar por el conocimiento con los pies en el territorio y el corazón abierto al otro—. *Re-conocer*, aquí y durante todo el escrito, implica desarmar prejuicios, soltar certezas y dejarse afectar por las voces que emergen desde abajo, desde lo común, desde lo negado.

Desde esta mirada, la educación deja de ser un proceso individual y abstracto, y se convierte en una práctica de territorialización colectiva, profundamente política y encarnada. Porque todo acto pedagógico se gesta en un territorio y toda geografía produce sentidos. Y porque, como nos lo enseñan los jóvenes que se ven caminar las calles de Manizales con sus mochilas llenas de historias, enseñar también es habitar —y como el café que se siembra en lo alto y se tuesta en el calor del fogón compartido, la educación territorial debe ser lenta, sentida, y servida para despertar a todos y todas como hijos del fruto del cafeto.

Efectivamente, sobre este entramado argumentativo, la pregunta principal que orienta la argumentación es: ¿De qué manera las juventudes organizadas en territorios periféricos de Manizales movilizan pedagogías del espacio vivido que disputan la estigmatización territorial y configuran prácticas de justicia espacial en una ciudad estructuralmente desigual?

Ahora bien, desde una postura crítica, territorial y profundamente *sentipensante*, este trabajo se sitúa en el compromiso de pensar y actuar sobre algunas de las realidades que viven las juventudes en los *márgenes* urbanos de la ciudad de Manizales. Lo crítico aquí, no es únicamente un ejercicio de análisis, sino una forma de mirar con la mayor lucidez posible las injusticias territoriales que atraviesan los cuerpos y los barrios, con la intención de sentar bases epistemológicas que nutran futuras acciones situadas, en clave de pedagogía popular y justicia espacial, tanto en el ámbito de la educación formal como en experiencias comunitarias.

Lo territorial, por su parte, permite reconocer que la educación no sucede en un vacío profundo y/o abstracto, si se quiere, sino en geografías marcadas por el desequilibrio, donde los lugares enseñan y dejan huella: allí donde se camina, se habita y se sueña, se producen también saberes, afectos y formas de ciudadanía.

En consecuencia, lo humanizador se aborda desde la capacidad de ver en cada joven, no una estadística, sino un rostro, escuchar una voz y abrazar un cuerpo que resiste y crea. Es en sus trayectorias, en sus prácticas y en sus territorios donde se desentrañan las

posibilidades de ver a la ciudad de Manizales lejos de estadísticas publicitarias y detallarla como un espacio para todos y todas.

Así las cosas y reconociendo que las apuestas esbozadas con anterioridad, no sólo disputan el sentido del espacio, sino que también encarnan resistencias cotidianas frente a contextos históricos de exclusión estructural y olvido institucional, se asume como propósito general de esta apuesta ensayística y argumentativa: Examinar cómo las formas de enseñanza basadas en la experiencia de jóvenes que viven en las áreas marginales de Manizales se convierten en maneras de establecer nuevos territorios que retan el orden urbano dominante y crean posibles rutas hacia la justicia en el uso del territorio.

Para cumplir este propósito, se plantearon los siguientes objetivos específicos:

1. Enunciar las experiencias de educación popular lideradas por organizaciones juveniles en algunos barrios de comunas periféricas de Manizales, reconociendo sus componentes pedagógicos, simbólicos y territoriales.
2. Interpretar cómo estas prácticas juveniles configuran formas de apropiación y resignificación del espacio vivido en tensión con las lógicas de estigmatización y desterritorialización urbana.
3. Proponer *Horizontes pedagógicos* en clave de provocaciones didácticas, para el reconocimiento y fortalecimiento de estas experiencias en el campo de la educación formal y no formal, desde una perspectiva contextualizada, humanizadora y comprometida con los derechos territoriales juveniles.

Es tiempo de oler el primer aroma.

1.2 El primer aroma: reconocer la ciudad desde el margen.

Donde huele a tostado, también se cuecen resistencias.

En el latido profundo de las ciudades latinoamericanas, donde las promesas de ciudadanía plena se disputan constantemente, no sin contradicciones, con antiguas prácticas

de exclusión y segmentación del espacio, la juventud resurge como un actor indispensable para imaginar y disputar el presente y el porvenir de los territorios.

Manizales, esa ciudad universitaria que asciende entre montañas, surcos de café y memorias fragmentadas, ha sido presentada una y otra vez como ejemplo de progreso urbano en Colombia. Sin embargo, más allá de los relatos oficiales que exaltan su desarrollo, late una geografía desigual que, día tras día, moldea el acceso —o la negación— a derechos fundamentales, a recursos culturales, y a la posibilidad misma de habitar con dignidad el entramado territorial que sostiene la vida.

Al igual que el grano de café necesita altura, sombra, tiempo y calor para liberar sus mejores aromas, las juventudes de Manizales, especialmente aquellas populares que habitan las laderas del sur y del sector norte, requieren de procesos pedagógicos territoriales que hagan aflorar aún más sus saberes, sus prácticas culturales y su derecho a la ciudad. En una ciudad donde el aroma del café tostado impregna las mañanas de su centro histórico concurrido, se gesta también —silenciosa pero intensamente— una educación desde abajo, tostada a fuego lento por la experiencia del espacio vivido.

Con esta mirada, la concepción de *espacio vivido* transitada por Henri Lefebvre (1978) se vuelve fundamental para comprender las dinámicas urbanas que atraviesan la experiencia de los y las jóvenes en este caso de la ciudad de Manizales. Lefebvre no concibe el espacio como una mera realidad visible o edificada. Para este autor, el espacio es aquello que se habita, que se recorre, se imagina y se resignifica en el andar colectivo.

El espacio es un tejido de relaciones. Un *producto* —desde el punto de vista de la construcción social— donde se entrelazan estructuras económicas, prácticas culturales y tramas de poder. Como advierte el autor francés, el espacio social es un producto (...) cada sociedad produce su espacio (Lefebvre, 2013, p.86). Esta afirmación cobra especial sentido cuando se observa, cómo las juventudes de los sectores periféricos de Manizales como quienes cultivan surcos de memoria entre calles fragmentadas instauran sus prácticas cotidianas en territorios que históricamente les fueron negados, pero que hoy reescriben con su andar, su arte y su resistencia.

Desde estos intereses por repensar el espacio, David Harvey (2012), retomando a Lefebvre, sostiene que el derecho a la ciudad implica mucho más que el acceso físico a servicios y equipamientos: es un derecho a cambiar la ciudad según nuestros deseos, un derecho común más que individual. Así las cosas, las y los jóvenes manizaleños, especialmente aquellos excluidos por la lógica del urbanismo neoliberal, protagonizan luchas cotidianas por la visibilidad, la permanencia y el reconocimiento territorial, aunque sus acciones muchas veces no sean captadas por los dispositivos oficiales del Estado ni por las estadísticas públicas presentadas año tras año.

Cuando hablamos del espacio urbano, no pensemos en un escenario vacío, ni como en un simple contenedor gris humo, en donde transcurren los hechos sociales, noticias amarillistas o la hoja perfecta para acuñar *leyendas urbanas*. El territorio en realidad es una construcción verdaderamente viva, marcada por huellas históricas, políticas y afectivas. En sus capas se escriben las relaciones de poder, las luchas por el acceso y los silencios impuestos. Edward Soja (2010) insiste en no perder de vista esta dimensión concreta: la justicia tiene una geografía y el espacio importa. Y no se trata solamente de una afirmación poética. En la práctica diaria, la justicia —o la falta de esta— se mide en kilómetros recorridos, en calles fragmentadas, en servicios negados o en fronteras invisibles que demarcan: quiénes pueden habitar con dignidad y quiénes quedan al borde del olvido. La justicia territorial no es entonces una utopía abstracta, es la cartografía de las oportunidades y de derecho a la ciudad, dibujada sobre el suelo que cada comunidad recorre y resignifica, es decir, reescribe sentidos donde antes hubo estigmas, y convierte el territorio vivido en un texto de dignidad recuperada.

Siguiendo esta motivación analítica, este ensayo argumentativo y crítico, se propone desde un marco de educación crítica *re-conocer* —en el sentido de *volver a pasar por el conocimiento*, no como simple repetición, sino como un ejercicio hermenéutico de reappropriación crítica del saber; una especie de *recordis*, es decir, volver a pasar por el corazón— el potencial pedagógico presente en los territorios.

Tal como lo menciona Freire (1970), “nadie educa a nadie, nadie se educa a sí mismo, los hombres se educan entre sí, mediatizados por el mundo” (p. 79). En el caso de las juventudes populares de Manizales, ese *mundo* que media el proceso educativo está

constituido por calles empinadas, barrios autoconstruidos, centros y casas culturales alternativas, la música y los cánticos alrededor de una hinchada y toda una serie de territorios cotidianos donde se gesta conocimiento desde abajo.

Resulta pertinente incorporar el concepto de *pedagogías del espacio vivido*, entendidas como aquellas formas de aprendizaje, conciencia y transformación que emergen de la experiencia territorial concreta. Estas pedagogías no se enseñan en manuales reciclados, ni se evalúan con rúbricas importadas: configuran y reconfiguran sentidos profundos de identidad, pertenencia y agencia política. En su constructo: *Pedagogía de la esperanza*, Paulo Freire (1994), advierte que la educación no puede desprenderse de los contextos donde ocurre: la esperanza no es un acto de fe ingenua, sino una fuerza histórica que impulsa la transformación del mundo vivido.

Rossana Reguillo (2000) recuerda que la construcción de ciudadanía juvenil no siempre se forja en los escenarios formales o institucionalizados; muchas veces germina en los márgenes, en esos territorios invisibles donde las prácticas simbólicas, culturales y comunicativas de los jóvenes brotan lejos de los surcos oficiales. En su reflexión sobre culturas juveniles urbanas, nos advierte que los jóvenes no solamente ocupan el espacio: lo disputan, lo resignifican, lo narran y a través de esos gestos cotidianos, de lo vivido, lo convierten en territorio pleno de sentido. Bajo esta mirada, la juventud no puede comprenderse únicamente como una etapa biológica o un simple rango etario. Es más bien una forma de habitar el mundo, una manera de inscribir su existencia en el territorio a partir de memorias, prácticas y resistencias que son tanto individuales como colectivas.

Manizales, con su geografía empinada de laderas pronunciadas y su historia marcada por procesos de reconfiguración urbana excluyente, constituye un *laboratorio* — privilegiado— para observar cómo se entretejen los ejes de clase, edad y territorio.

Figura 1.

Mapa de Manizales por Comunas, 2025



Nota. Ubicación geográfica de las 12 comunas de la ciudad de Manizales. Tomado de <https://manizales.gov.co/atencion-ciudadania/informacion-general/> (2025).

Por su parte, informes institucionales de tipo local, nacional e internacional como el del programa *Manizales Cómo Vamos* (2023) y el Índice de Progreso Juvenil (2022) presentan ciertos indicadores favorables en empleo y educación, pero en contraste con las realidades analizadas en la búsqueda documental de las realidades de los colectivos y fundaciones, persisten profundas desigualdades en el acceso a servicios culturales, movilidad urbana y participación política juvenil.

Estas desigualdades se manifiestan en la experiencia cotidiana de las y los jóvenes quienes viven en barrios del sur-norte o en laderas periféricas, y quienes no sólo enfrentan las mayores barreras para acceder a instituciones educativas o espacios de esparcimiento, ocio o aprovechamiento de su tiempo libre, sino que ven coartada su capacidad de construir ciudad, de ser reconocidos como ciudadanos plenos. Como asegura Silvia Grinberg (2010), la ciudad educa de manera desigual y en esta medida, produce subjetividades diferenciadas, demarcadas por la precariedad y la fragmentación.

Figura 2.

Vista del asentamiento Altos de Samaria, Comuna ciudadela del Norte, Manizales.



Nota. Autor desconocido. (s.f.). *Altos de Samaria, Manizales* [Fotografía]. Archivo www.bcnoticias.com.co

La anterior imagen, Figura 2, revela condiciones de habitabilidad precarias y una ocupación territorial forzada, donde jóvenes y familias levantan sus vidas en medio de la exclusión urbana y la ausencia institucional. También recoge desde lo alto un susurro colectivo hecho vivienda: se trata de *Altos de Samaria*, un asentamiento que se aferra a la montaña como quien no quiere ser olvidado.

Allí, en la piel verde de la comuna Ciudadela del Norte, se alzan, entre lonas y maderas recicladas, los sueños no decretados de cientos de familias que han levantado su casa con las uñas, con la rabia y con la esperanza. No hay calles asfaltadas ni servicios públicos que lleguen con promesas cumplidas. Lo que sí hay es una geografía áspera, herida, marcada por la exclusión: casas que se desparraman sobre una pendiente que más que ladera, parece cicatriz.

Y es que la ciudad, retomando a Grinberg (2010), *educa de manera desigual*. Y lo hace desde el suelo que se pisa: mientras unos crecen entre parques, bibliotecas y transporte

público de la ciudad universitaria de Colombia, otros lo hacen entre barrancos, ausencia y barro. El territorio enseña, sí, pero enseña distinto. *Altos de Samaria* es una lección silenciada de lo que la ciudad prefiere no nombrar: que hay juventudes enteras creciendo sin agua potable, sin salones de clase cercanos, sin lugares seguros para jugar o soñar.

Según lo debatido en el Concejo de Manizales (BC Noticias, 2023), muchas de las personas que habitan esta ladera no llegaron por gusto, sino empujadas por la violencia, la pobreza o el desplazamiento. Son jóvenes, niños, niñas, madres solteras, abuelos, abuelas, todos y todas, organizando su derecho a existir con lo que la formalidad les negó. Aquí, cada tabla martillada, cada lona extendida, es una declaración de dignidad: no pedimos permiso para habitar porque la vida no puede esperar más licencias. Estas casas no son sólo refugio: son también testimonio de que resistir, en Manizales, muchas veces empieza con clavar una estaca en la tierra.

Frente a esta y múltiples situaciones similares, han emergido desde hace varios años en Manizales, diversas experiencias de educación popular que han construido, desde los márgenes, otras formas de territorialidad pedagógica. Organizaciones y corporaciones sociales de base como *Comunativa*, que promueve la construcción de huertas urbanas y la formación artística de niños, niñas y jóvenes en la Comuna San José, buscando transformar el hábitat humano mediante prácticas sostenibles y ecológicas ¹.

Naturalmente las palabras no bastan si no pisan suelo. Lo pedagógico no solo se escribe, también se camina. Cada organización que aquí se menciona ha sembrado, en su propia ladera y territorio vivo, una forma de resistir a la exclusión y de preparar la tierra para otros modos de habitar la ciudad. Son manos que remueven el polvo, que alzan muros de memoria y siembran comunidad donde antes había abandono.

¹ También, a nivel ciudad, destacaré la Fundación Cultura Viva, que impulsa espacios de transformación del espacio urbano barrial a través del arte y la cultura, fomentando la participación comunitaria; la Fundación Huellas de Vida, que trabaja en la comuna norte de Manizales para disminuir la violencia, la deserción escolar y la estigmatización, mediante procesos de formación cultural, comunicativa y educativa; la Corporación Nodo, que desarrolla iniciativas culturales de educación popular como acciones de alegre resistencia; y la Fundación Voces de Aliento, integrada por jóvenes pertenecientes a las barras de fútbol del Once Caldas, que promueve el barrismo social como una forma de construcción de tejido comunitario.

Por eso, antes de continuar desgranando ideas, vale la pena hacer una pausa y mirar hacia el suelo que les da vida. No se trata solo de presentar coordenadas en imágenes cartográficas, sino de reconocer los hilos que entrelazan barrio, historia y resistencia. Lo que sigue no es un ejercicio *per se* de localización técnica, sino una invitación a recorrer una cartografía íntima, un pequeño recorrido significativo: cuatro territorios sembrados de experiencias donde lo pedagógico brota entre techos, canchas, muros agrietados y pasos comunitarios. Allí, en la calidez de las periferias, entre aromas de cafetal urbano y memorias compartidas, late una ciudad otra —tejida desde abajo— donde educar es también arraigar, y el territorio, una cosecha colectiva de dignidad.

Antes de hablar de pedagogías, necesitamos saber desde dónde se enuncian las organizaciones. Porque el territorio no es solo escenario: es raíz. Y en el caso de la Fundación Comunitativa, esa raíz se arraiga en el Barrio San José, un rincón de Manizales donde la ciudad alguna vez pasó por encima sin saludar.

Allí, entre casas apiñadas, callejones estrechos y la constante amenaza del desalojo, se ha sembrado algo distinto: una educación que no nace del deber institucional, sino del afecto por lo común. Lo que sigue son dos vistas de ese espacio que resiste: una, desde el detalle mínimo del lote trabajado con manos colectivas; la otra, desde la mirada amplia del territorio que lo rodea, con sus heridas, sus bordes y sus caminos.

Figura 3.

Vista aérea del espacio físico donde se localiza la Fundación Comunitiva, en el corazón del Barrio San José. Manizales, Caldas.

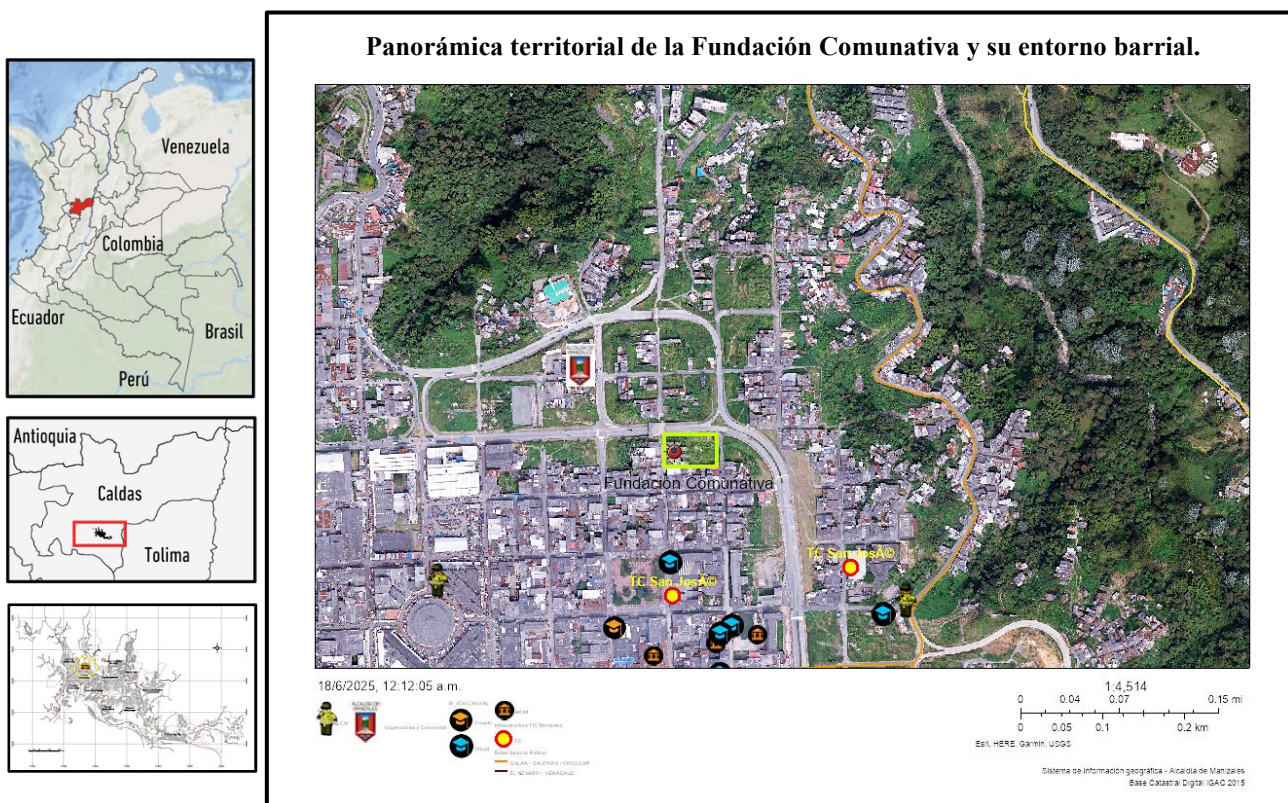


Nota. Elaboración propia a partir de SIG Manizales (2025).

Rodeada por viviendas autoconstruidas y cercada por una vía principal, *Figura 3*, esta área verde delimitada es más que un lote: es tierra sembrada con prácticas de educación popular, huertas comunitarias y talleres de creación colectiva. Un rincón donde la pedagogía brota como semilla entre el concreto.

Figura 3.1

Panorámica del entorno urbano y topográfico de la Fundación Comunitativa en el barrio San José de Manizales.



Nota. Elaboración propia a partir de SIG Manizales (2025).

Inserta en una geografía quebrada, marcada por la segregación histórica del Barrio San José, esta imagen *Figura 3.1*, permite comprender cómo la fundación dialoga con un territorio complejo, surcado por líneas de vulnerabilidad, pero también por caminos de resistencia barrial y educación situada.

La Fundación Comunitativa no sólo ha reocupado un terreno olvidado, sino que ha recuperado sentidos, memorias y prácticas que parecían condenadas al silencio. Allí, el acto de sembrar una huerta es también una forma de sembrar ciudadanía; y pintar un mural no es ornamento, sino gesto político de reexistencia. Cada pedazo de tierra recuperado, cada taller en círculo bajo el sol, cada voz que se alza entre el bullicio del barrio, es como un

grano que se tuesta a fuego lento: sin prisa, sin moldes, con el aroma propio de lo que se hace con las manos y con el corazón. Nada aquí sigue fórmulas prefabricadas; todo es siembra compartida, aprendizaje que huele a tierra mojada y a lucha cotidiana.

San José, ese barrio tantas veces señalado con el dedo, tantas veces borrado de los mapas oficiales, encuentra en la Fundación Comunitativa un respiro. Allí, donde la ciudad suele pasar de largo, brota un lugar donde los saberes no bajan desde arriba, sino que emergen desde abajo, desde los patios, las calles, las huertas. Los niños y niñas no aprenden desde pantallas que les son ajenas, sino desde el contacto directo con su entorno, con su historia y con su comunidad. En ese rincón de ladera y memoria, la educación no se impone: se cultiva. Y es precisamente allí donde esta fundación se vuelve semilla fértil de las pedagogías del espacio vivido que atraviesan todo este andar por la Manizales que también resiste.

Entre las calles empinadas de la comuna Tesorito, existe una dicotomía socioespacial: a unos cuantos kilómetros, se establecen unas de las estructuras habitacionales más *exclusivas* de la ciudad y a escasos kilómetros entre la vía panamericana y el barrio El Nevado, las casas que se abrazan unas a otras para no caer, florecen en una experiencia que no fue sembrada por decreto, sino por necesidad y por afecto.

Allí, la Fundación Cultura Viva habita uno de esos rincones que la ciudad mira con distancia, pero donde el arte, el juego y la palabra tienen raíz profunda. Allí, en una franja de territorio que bordea el olvido, esta organización ha hecho del espacio barrial una escuela sin paredes, una cartografía del encuentro. A continuación, nos detenemos a mirar el lugar desde el aire, como quien sobrevuela una finca y reconoce el surco donde crece lo que nutre.

Figura 4.

Vista aérea del predio donde opera la Fundación Cultura Viva, en un sector interno de la comuna Tesorito de Manizales.



Nota. Elaboración propia a partir de SIG Manizales (2025)

En medio de un tejido urbano denso y autoconstruido *Figura 4*, este espacio se abre como un claro entre las casas: cancha, aula, sala múltiple, huerto y escenario se confunden en un solo cuerpo colectivo. Allí se entrelazan el arte, la memoria barrial y la pedagogía de la vida cotidiana.

Figura 4.1.

Panorámica territorial de la Fundación Cultura Viva y su entorno barrial.



Nota. Elaboración propia a partir de SIG Manizales (2025)

El mapa revela no solo la localización física de la fundación, sino también la frontera simbólica entre el centro y la periferia, entre el olvido y la persistencia.

La Fundación Cultura Viva *Figura 4.1*, no llegó a ocupar un espacio: llegó a sembrarlo. Allí, en un costado de la comuna Tesorito donde la ciudad parecía haber dejado de mirar, este colectivo puso el cuerpo, la palabra y la risa. Lo que antes era un lote sin nombre hoy vibra como un escenario abierto, donde los cuentos se dicen sin micrófono, los tambores retumban con memoria, y los juegos infantiles escriben pedagogías que no caben en los libros de texto.

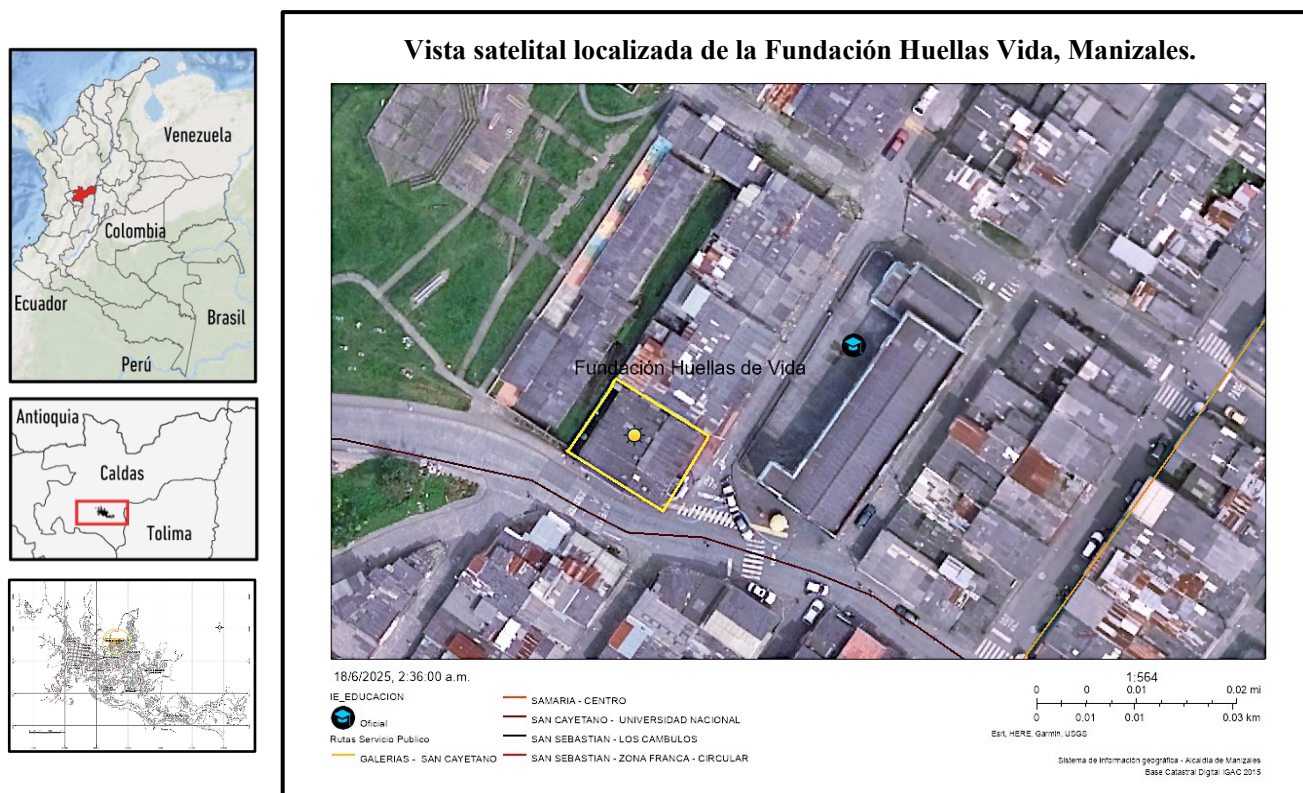
No vinieron a reemplazar al Estado. Vinieron a habitar la ausencia. A estar donde otros se fueron. A levantar, con pinceles y canciones, una casa común donde el arte no es un lujo, sino una forma urgente de respirar juntos. Como lo recoge el testimonio de Azul Naranja (2023), no se trata de entretener: se trata de existir. De existir con fuerza, con ternura y con preguntas.

Aquí los niños y niñas no memorizan respuestas ajenas: inventan caminos. Pintan muros que narran su historia, crean cuentos donde los barrios no son peligrosos, sino fértiles. Cada color en la pared, cada voz que se eleva en ronda, cada silencio compartido en un taller es una manera de volver a escribir el mapa de este lugar. De decir, sin permiso y sin miedo: *esto también es escuela, esto también es ciudad*. La comuna Tesorito, tantas veces reducida a cifras, se revela entonces como territorio fértil, regado por el afecto y sostenido por la resistencia cotidiana. Y es que hay cafés que no nacen en las fincas grandes, sino en la tierra que parecía cansada. Así germina también la pedagogía en este rincón: entre techos heridos por el sol, patios que apenas alcanzan la tarde, y una sombra breve pero suficiente para cobijar lo esencial.

En una de las arterias más vibrantes de la comuna ciudadela del norte, Manizales, justo donde la ciudad parece querer apresurarse y la vida barrial resiste con sus propios tiempos, se asienta la Fundación Huellas de Vida. Allí, entre concreto agrietado y rutas de buses que cruzan rápido sin detenerse, se ha levantado un espacio para quedarse. No es una sede cualquiera: es un punto de encuentro donde las juventudes, muchas veces atravesadas por el desplazamiento, el silencio o el estigma, han aprendido a narrarse con voz propia. Lo que sigue son dos miradas que nos acercan a este rincón de ciudad que educa sin permiso y sin campana, tostando la esperanza al ritmo lento de lo comunitario.

Figura 5.

Vista cercana del predio donde opera la Fundación Huellas de Vida, ubicada en una de las zonas escolares de la comuna norte de Manizales.

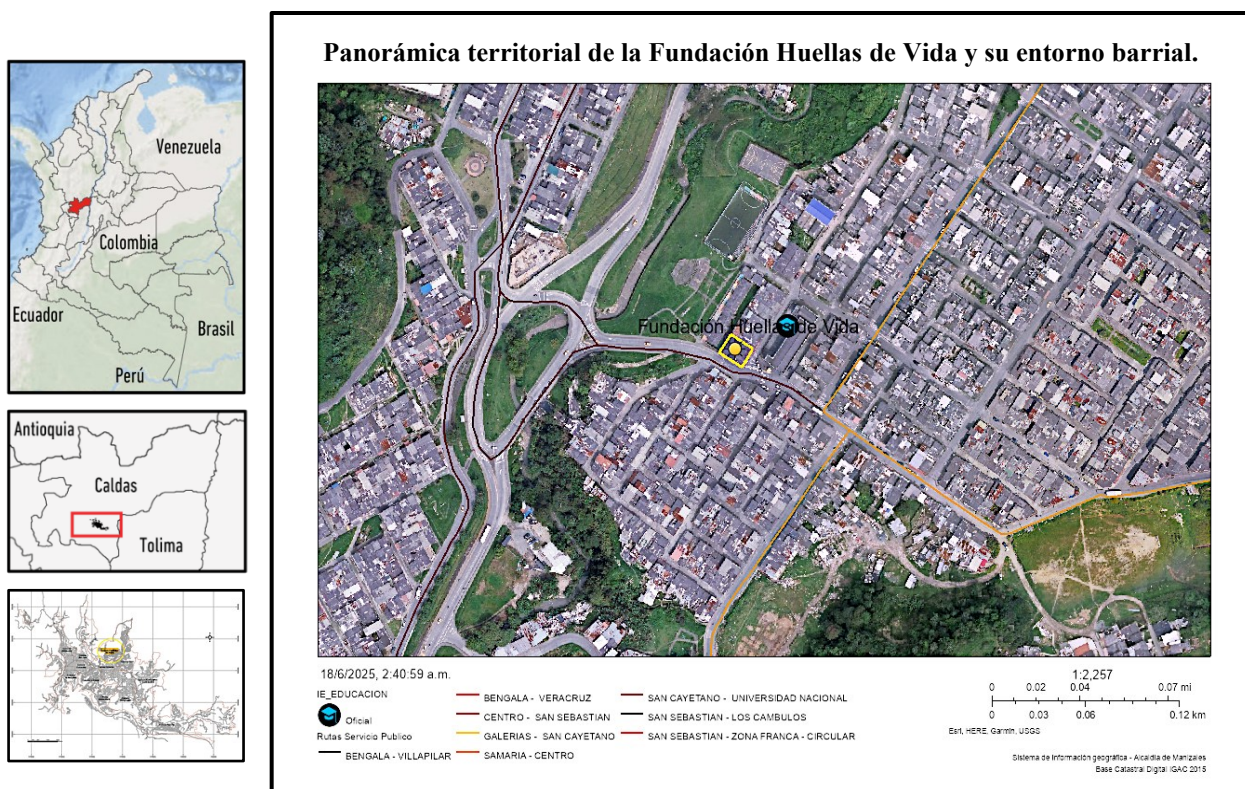


Nota. Elaboración propia a partir de SIG Manizales (2025)

Inserta entre edificaciones densas y corredores de circulación urbana, esta sede no solo acoge a los y las jóvenes: les escucha, les acompaña y les forma desde una pedagogía enraizada en el territorio.

Figura 5.1

Fotografía panorámica y de contexto territorial urbano de la Fundación Huellas de Vida.



Nota. Elaboración propia a partir de SIG Manizales (2025)

Desde esta vista puede leerse el entramado barrial que da vida a la organización: calles marcadas por la informalidad, cruces viales que fragmentan y, al mismo tiempo, un ecosistema urbano que sostiene y protege formas de pedagogía popular que emergen del dolor, pero también de la ternura.

Huellas de Vida no sólo trabaja con juventudes: camina con ellas. Allí, en ese pequeño espacio entre lo escolar y lo barrial, *Figura 5*, entre el ruido del tráfico y la brisa de la montaña, se construye comunidad con cada actividad, con cada palabra dicha sin grito, con cada proceso sostenido en la escucha. Esta fundación, nacida de la urgencia de sanar violencias cotidianas, se ha convertido en una trinchera de afecto, donde la pedagogía no se escribe en tablero, sino en las trayectorias de quienes resisten el abandono.

En este punto de la ciudad —donde las estadísticas suelen etiquetar y las políticas públicas llegan con retraso—, Huellas de Vida *Figura 5.1*, ha tejido una forma distinta de educar: una que parte de reconocer el rostro del otro, de nombrar lo que duele y de imaginar, en colectivo, una salida.

A pocos pasos del Estadio Palogrande, donde el aliento de la hinchada se mezcla con el bullicio de la ciudad, late un lugar que ha aprendido a convertir el estigma en propuesta. Allí, entre las voces que alguna vez fueron señaladas por su pasión, se levanta la Fundación Voces de Aliento: una casa pequeña, *Figura 6*, pero llena de sentido. Su ubicación no es casual, está justo donde el barrio *La Estrella* de la comuna Palogrande, *Figura 6*, se cruza con la historia de exclusión que ha vivido el barrismo² popular. Pero también, está justo donde brota la posibilidad de educar desde el ritmo del tambor, el llamado de las trompetas y un grito de gol y unidad desde el cuerpo en movimiento, desde la alegría colectiva que no cabe en un salón tradicional. Lo que a continuación se muestra no es solo una imagen desde el aire: es una entrada a ese territorio donde la tribuna se convierte en aula, y el canto en acto pedagógico.

² Barrismo: práctica colectiva de hinchas de fútbol que, más allá de alentar a un equipo, crea identidad, pertenencia y resistencia juvenil en el barrio y la ciudad, expresada en cantos, colores y rituales que hacen de la tribuna un espacio de comunidad. En términos académicos, el barrismo puede entenderse como “un fenómeno sociocultural de las juventudes y comunidades que trasciende lo deportivo, pues articula formas de organización, resistencia y construcción de identidad en torno a la pasión futbolera y a la vida barrial” (Salazar, 2019).

Como se observa en la *Figura 6.1*, existe una zona limítrofe entre el barrio residencial la Estrella y los espacios deportivos del sector Palogrande. La imagen revela la tensión y a la vez el potencial de este lugar: rodeado de tránsito, canchas, instituciones educativas y zonas comerciales, emerge como epicentro de una pedagogía situada, afectiva y territorialmente comprometida. La fundación Voces de Aliento no educa con manuales. Su aula son los cantos de tribuna, las coreografías del barrio, el tambor que se repite como latido colectivo. Esta fundación, nacida de las juventudes barristas del Once Caldas, ha sabido reescribir lo que para muchos era solo ruido. Aquí, la barra no es un lugar de violencia: es una comunidad que se cuida, se escucha, se forma.

En su sede, jóvenes que han sido señalados como peligrosos por el solo hecho de usar una camiseta o portar un bombo, construyen ciudadanía desde abajo. Lo hacen con talleres de música, con encuentros sobre derechos humanos, con eventos culturales que sacan la alegría a la calle y la devuelven como acto político. Porque resistir también es celebrar. Porque habitar la ciudad también es cantar desde la dignidad.

Situada en una zona bisagra entre lo formal y lo popular, la Fundación Voces de Aliento muestra cómo la educación puede tomar cuerpo en los márgenes del juego. Como el café que se sirve en los entretiempos, caliente, fuerte y compartido, esta pedagogía no busca el aplauso: busca el reencuentro. Y en cada aliento que gritan, hay también una siembra: la de la palabra que no se rinde, la del barrio que educa a su manera.

No todos los procesos territoriales necesitan una dirección postal para tener arraigo. Algunas organizaciones no se siembran en un lote: se dispersan como semillas al viento, germinando allí donde la vida lo permite. Ese es el caso de la Corporación Nodo, cuyo espacio no es una sede fija, sino cada barrio, parque o esquina donde se abra la posibilidad de una *acción de alegre resistencia*.

Figura 7

Representación simbólica de la Corporación Nodo, Manizales, Caldas.



Nota. Elaboración propia a partir de contenido oficial de la Corporación Nodo (2024)
Recuperado de, <https://www.facebook.com/profile.php?id=100057348735710>
<https://www.instagram.com/corporacionnodo/>

Nodo no se deja encerrar. *Figura 7.* Es un trazo que se alarga, un paso que busca a otros pasos, una voz que camina sin pedir permiso. No necesita paredes ni techos para educar, porque su aula es el barrio, la vereda, la cancha, la calle recién barrida o el andén que todavía guarda huellas de infancia. No tiene horarios de timbre: su tiempo es el del encuentro, el del saludo sin prisa, el del taller que empieza cuando alguien dice: yo tengo algo que contar.

Su forma de enseñar nace del cuerpo en movimiento, del gesto compartido, del abrazo que escucha. Cada recorrido es una clase, cada silencio una pregunta, cada canción un derecho dicho con ritmo. Nodo no dicta: conversa. No impone: invita. Y en esa forma de andar —ligera, cercana, comprometida— va bordando una pedagogía que no entra en los formatos, pero se queda en la piel. Una pedagogía que resiste desde el afecto y se celebra como fiesta que vuelve a hacer comunidad.

Desde los barrios altos hasta los pasajes de cemento en zonas sin nombre oficial, esta Corporación siembra color, palabra y conciencia. Su pedagogía busca despertar memorias, reclamar justicia, proteger la vida. Y lo hace en movimiento, como el café que se lleva en termo comunitario a los encuentros de barrio, sorbo a sorbo, palabra a palabra.

Estas organizaciones movilizan prácticas culturales, educativas y ambientales que resisten la lógica del despojo urbano y generan nuevas formas de derecho a la ciudad desde abajo, activando pedagogías del espacio vivido que florecen entre el concreto, la palabra y la siembra colectiva, como si cada una tostara a fuego lento las semillas del café más humano y transformador: aquel que no se exporta, sino que se comparte entre barrios, que despierta conciencia, y que infundona dignidad en cada rincón marginado de la ciudad.

Estas experiencias encarnan lo que Haesbaert (2011) denomina *multiterritorialidad*, es decir, la capacidad de los sujetos de construir pertenencias simultáneas y superpuestas en distintos espacios, incluso en aquellos que han sido históricamente negados. En las fundaciones y colectivos mencionados, los jóvenes construyen ciudad a través de murales, radios comunitarias, recorridos históricos por sus barrios, huertas, música, obras de teatro, entre otras artes. Cada una de estas prácticas configuran una pedagogía del territorio que desafía los marcos desiguales de la educación formal y del urbanismo tecnocrático.

Para comprender la potencia política y pedagógica de estas prácticas juveniles, es necesario detenerse un instante —como quien hace una pausa para oler el café recién molido— y observar con atención el terreno desigual donde se gesta la vida. Porque no todo territorio se pisa con el mismo peso, ni toda ciudad se habita con las mismas llaves. Las imágenes que siguen no solo exhiben de manera introductoria un paisaje urbano: denuncian una fractura estructural. Allí donde termina la calle asfaltada y comienza la tierra

erosionada, donde el concreto del capital se levanta altivo frente a las casas de tabla y zinc, se dibuja con crudeza el rostro del urbanismo tecnocrático.

Ese urbanismo no diseña pensando en la gente, sino en los indicadores. No pregunta por la historia de un barrio, sino por el valor rentable de su suelo —sobre todo, para el caso de Manizales—. Su lógica, fría y vertical, convierte el territorio en un plano abstracto donde las decisiones se toman lejos, desde escritorios que jamás han olido el humo del fogón ni han sentido el barro en los zapatos. En ese modelo, la ciudad es mercancía: se ordena para unos, mientras se expulsa a otros. Así, en Manizales, Sierra Morena *Figura 8*, —barrio popular y autoconstruido, en la falda de ladera noroeste de la ciudad, con unas características de urbanización desordenada y sin técnicas de construcción— coexiste, casi por accidente, con el Centro Comercial Fundadores: un templo del consumo que se impone como símbolo de progreso. Pero ese “progreso” es una línea que corta, no que une. Una línea que dice quién entra y quién queda fuera.

Figura 8

Vista frontal del barrio Sierra Morena. Enclavado en la ladera.



Nota. Fotografía barrio Sierra Morena, en pendiente de ladera (s. f.), recuperada de <https://archivo.lapatria.com/sucesos/lo-mataron-sentado-en-una-canaleta-en-sierra-morena-manizales-379262>

En la siguiente imagen, *Figura 8.1*, la toma aérea revela la proximidad territorial, pero también la distancia social, entre Sierra Morena y la infraestructura comercial del centro fundacional de la ciudad. Desde esta perspectiva, el contraste no es solo visual, sino estructural: mientras unos acceden a centros de consumo, otros resisten desde la informalidad y el olvido estatal, institucional, municipal.

Figura 8.1

Fotografía de contraste, entre Sierra Morena y Centro Comercial Fundadores



Nota, Fotografía barrio Sierra Morena en contraste con el Centro Comercial Fundadores, en pendiente de ladera (s. f.), recuperada de <https://eje360.co/2017/05/03/zonas-afectadas-antes-y-despues-de-la-tragedia/>

Ampliando el fenómeno urbano anterior, hay formas de diseñar ciudad que no huelen a café recién hecho, sino a decisiones tomadas en oficinas cerradas, lejos del murmullo de la calle y del grano molido en casa. En Manizales, la planificación urbana ha

adoptado un lenguaje tecnocrático que, más que preguntar por las necesidades de quienes habitan las laderas y barrios periféricos, se enfoca en indicadores, valorizaciones del suelo y modelos importados de renovación. Esta forma de pensar la ciudad se despliega sobre una cartografía segmentada, donde lo central se embellece y lo marginal se regula, se invisibiliza o se contiene. Sierra Morena y el Centro Comercial Fundadores no solo están separados por una pendiente: están divididos por años de políticas que priorizaron el cemento sobre la dignidad. *Figura 8*. Lo paradójico es que coexisten, casi espalda con espalda. Mientras unos suben escaleras eléctricas, otros sortean escaleras de barro. *Figura 8.1*

Ampliando, los proyectos urbanos de mayor visibilidad se concentran en zonas estratégicas de la ciudad por su rentabilidad económica y turística. Por ejemplo, El cable aéreo, la Avenida Santander, el sector de Milán y su bulevar, además del nuevo bulevar que se construirá en el sector de Chipre, famoso lugar turístico de la ciudad o por su parte, el centro histórico de Manizales, son ejemplos de cómo la inversión se alinea con un modelo de ciudad modernizante, más interesado en el flujo que en el arraigo. Esta orientación, como advierten Borja y Muxí (2003), responde a una noción del espacio público entendido “como un recurso susceptible de ser transformado en objeto de consumo y sometido a normas que lo despojan de su carácter inclusivo” (p. 55). Así, el espacio común deja de ser territorio de lo colectivo para volverse mercancía regulada.

Esta lógica planificadora fragmenta la ciudad y sus habitantes. Las juventudes que viven en barrios populares enfrentan una pedagogía urbana que no se da en las aulas, pero que enseña con fuerza: “usted no tiene lugar aquí”. Tal como señala Grinberg (2015), en contextos de pobreza urbana y tiempos gerenciales, se despliegan dispositivos pedagógicos que actúan “como formas de gestión que visibilizan a los sujetos por su carencia y los modelan desde esa falta” (p. 124). La ciudad, así, no solo se habita, también se padece como escenario de control y gobierno.

Además, el distanciamiento entre la planificación institucional y la experiencia barrial genera rupturas en el vínculo con el territorio. Como lo plantea Páramo (2009), cuando no se reconoce a la ciudadanía como parte vital y activa en la construcción del

espacio público, se deslegitima su derecho a significar y transformar su entorno: “La pedagogía urbana está llamada a habilitar formas de apropiación que integren la experiencia vital con los procesos de intervención urbana” (p. 20). Sin esa conexión, la ciudad se vuelve un mapa trazado por otros, ajeno, lejano... Para este caso, sin sabor.

Pero, desde las orillas también se cocina ciudad. A fuego lento. Con cucharones que no miden el presupuesto, pero sí el afecto. Las juventudes de las comunas periféricas de Manizales hacen suyo el derecho al territorio con murales, encuentros, caminatas barriales y siembras de memoria. Reescriben la ciudad con el aroma de su vida cotidiana. Frente al café amargo del urbanismo tecnocrático, levantan sus propias mezclas: territorios con cuerpo, con historia, con humanidad.

2. Proceso Metodológico

2.1 Molienda gruesa: caminos para acercarse al grano.

La molienda es también escucha: cada grano tiene su ritmo.

Hablar de un proceso metodológico en el contexto de un ensayo que nace desde los márgenes aparentes de la vida y se escribe con los pies en la tierra no puede reducirse a un listado técnico de herramientas o planificaciones milimetradas. Aquí la metodología se asume como una práctica sensible de aproximación: una molienda, a veces gruesa, a veces fina, que reconoce que no todos los granos se procesan igual. Cada texto leído, cada autor y autora invitados, cada dato revisado exige su propio tiempo, su ritmo y su temperatura. Como en el ritual del café... Hubo que aprender a escuchar el sonido de la molienda para saber cómo acercarse al grano sin dañarlo; ¿cómo interpretarlo sin imponerle un sabor ajeno?

Desde esa lógica, este trabajo se enraíza en una perspectiva crítica hermenéutica, es decir, en una manera de comprender la realidad educativa y territorial a través de la interpretación de sus trasegares, sus sentidos, sus conflictos y sus símbolos. No se trata simplemente de dialogar entre teoría y práctica: se trata de reconocer que esa interacción es experiencia misma. La hermenéutica aquí, no se reduce a una técnica de lectura; se convierte en una actitud frente al mundo: leer el territorio como si fuera texto y leer los textos como si fueran huellas del territorio. No se trata sólo de comprender a los autores, sino de reconocer que hay una pedagogía viva que también escribe, se fermenta, se transforma y se sirve cada día, aunque no siempre aparezca en bandeja de charol.

El cuerpo documental de esta molienda está compuesto por un conjunto de autores y experiencias seleccionadas como se escoge el grano maduro en la cosecha: por su profundidad teórica, su conexión con el territorio y su afinidad con los temas que estructuran este ensayo: espacio urbano, justicia territorial, pedagogía y juventud. Henri Lefebvre (1978), con su noción de espacio vivido, permitió anclar una mirada del territorio que no se limita a lo físico, sino que incorpora lo simbólico, lo afectivo y lo político como componentes inseparables de todo lugar de enunciación. A partir de él, la ciudad dejó de ser un simple escenario gris para convertirse en una productora de sentidos. David Harvey

(2012), desde su lectura del derecho a la ciudad, amplió esta mirada insistiendo en que no se trata sólo de acceder a ciertos servicios, sino de poder transformar la ciudad desde sus bordes, desde donde históricamente se la ha observado con distancia. A estas ópticas se suman los aportes de Edward Soja (2010), quien introduce la categoría de justicia territorial —clave para este ensayo— y de Rogério Haesbaert (2011, 2014), cuyas reflexiones sobre la desterritorialización y la estigmatización territorial resultan fundamentales para comprender las cargas simbólicas que ciertos barrios y comunas de Manizales han debido resistir.

Ampliando estas revisiones en esta labor, fue necesario también detenerse a pensar con quiénes se han abierto trochas conceptuales para entender el territorio más allá del mapa. Uno de ellos es Mario Sosa (2012), quien propone que hablar de territorio no puede reducirse a una sola dimensión o definición técnica. Para Sosa, el territorio es muchas cosas a la vez: es material, porque está hecho de calles, de casas, de presencias y de ausencias del Estado, de infraestructuras que se imponen o se abandonan, de distancias que marcan la vida cotidiana. Pero también es simbólico, porque está habitado por historias, por nombres propios, por grafitis que hablan, por huertas que resisten, por canciones que sostienen. Y es, sobre todo político, porque se disputa, se defiende, se habita y se sueña. Esta forma de mirar el territorio —no como superficie, sino como entramado de luchas, memorias y sentidos— impide que el análisis se vuelva plano. Nos invita a leer el espacio como algo que late, que vive, que duele, que cambia con quienes lo caminan. Así, el conflicto, la esperanza, la exclusión y la imaginación se integran al análisis como dimensiones que constituyen el espacio vivido.

Continuando con este entramado, la mirada pedagógica que aquí se intenta construir —y que se propone no sólo como reflexión teórica, sino como provocación ética para el quehacer docente— se fundamenta en los aportes de Paulo Freire (1970, 1994, 2002). Freire, nos recuerda que toda educación está profundamente atravesada por el mundo, por el cuerpo y por el territorio que se habita. En *Pedagogía del oprimido* (1970), insiste en que educar no puede ser un acto de transmisión vertical ni de repetición sin sentido. Enseñar es propiciar un proceso de conciencia crítica que emerge del diálogo con la realidad concreta

de los sujetos. La educación, según él, es una práctica de libertad, no de domesticación. Es un acto de lectura del mundo antes que de los textos.

Posteriormente, en *Cartas a quien pretende enseñar* (2002), Freire reafirma que enseñar no es transferir conocimiento, sino crear condiciones para que los saberes que vienen del pueblo y del territorio sean escuchados, reconocidos y potenciados. Enseñar, dice, exige presencia, humildad, coherencia, y la disposición a aprender con y desde el otro.

En su *Pedagogía de la esperanza* (1994), este horizonte se amplía aún más, al afirmar que la esperanza no es ingenuidad ni consuelo, sino una fuerza histórica que mueve a los sujetos a transformar el mundo en comunidad.

En consonancia con ello, Rossana Reguillo (2000, 2019) complejiza esta mirada desde el estudio de las juventudes urbanas. Para ella, los jóvenes no sólo viven el espacio, lo narran, lo resignifican, lo habitan con el cuerpo y con el gesto. No basta con pensar la juventud como una etapa biográfica o etaria simplemente. Es una condición política. Es un lugar de enunciación desde el margen. Silvia Grinberg (2010), nos advierte que la ciudad también educa, pero de forma desigual. Las trayectorias, los trayectos, las vigilancias, las ausencias, los muros, los parques, las escuelas: todos enseñan; y enseñan según el lugar que se habita, según lo que se permite o se niega. En esta lógica, la ciudad produce subjetividades diferenciadas que no pueden ser ignoradas cuando se habla de pedagogía como reflexión y acción.

Junto a estos diálogos, se incorporaron también fuentes documentales enviadas por algunos representantes de las fundaciones seleccionadas para este trabajo, *Fundación Comunitativa*, *la Fundación Cultura Viva*, *la Fundación Huellas de Vida*, *la Corporación Nodo* y *la Fundación Voces de Aliento*, así como las páginas web actuales y sus contenidos presentes en las redes sociales: Facebook e Instagram, todo esto permitió ubicar el análisis en el contexto específico de Manizales —gestadas en los barrios, no en las oficinas— permitieron comprender cómo se encarna día a día, lo que aquí nombramos como pedagogías del espacio vivido.

En sintonía con lo anterior, y así como el caficultor no arroja ningún grano a la tolva, sino que selecciona aquellos que han alcanzado su punto exacto de maduración bajo la sombra, la elección de las experiencias organizativas para este ensayo fue una búsqueda intencionada de *granos* que cumplieron con una calidad pedagógica y territorial específica. Para que la molienda analítica tuviera cuerpo y aroma, se definieron tres criterios de selección que permitieron filtrar, entre la multiplicidad de voces juveniles de Manizales, aquellas que encarnaban con mayor fuerza las pedagogías del espacio vivido:

1. *Arraigo Territorial en el Margen (El Suelo)*: Se priorizaron organizaciones ubicadas geográficamente en zonas de ladera o comunas periféricas (San José, Ciudadela del Norte, Tesorito, Universitaria), donde la tensión entre la exclusión urbana y la resistencia barrial es latente. No se buscó la intervención externa que *llega* al barrio, sino el proceso que *brot*a del suelo habitado.
2. *Persistencia Temporal (La Maduración)*: Se seleccionaron procesos con trayectoria sostenida en el tiempo (como los 15 años de Huellas de Vida o la constancia de Comunitiva), descartando iniciativas coyunturales o efímeras. Interesan los procesos que, como el café de buena taza, han tenido tiempo de fermentar sus prácticas y construir tejido comunitario real más allá del evento.
3. *Mediación Estética y Política (El Aroma)*: El criterio final fue que sus prácticas pedagógicas no fueron escolarizadas tradicionales, sino que utilizaron lenguajes de reexistencia: el muralismo, la agroecología, el barrismo social y la música. Se buscaron experiencias donde la pedagogía fuera de un acto de creación estética capaz de disputar los sentidos hegemónicos del territorio.

Además de lo mencionado, se revisaron algunos informes de la institución. entendidos aquí no como la única verdad del territorio, sino como una cartografía estructural que permite dimensionar las grietas de la desigualdad. En particular, se revisaron los informes del programa Manizales Cómo Vamos (2023) y el Índice de Progreso Juvenil (2022). De estas fuentes se extrajeron indicadores cuantitativos específicos sobre segregación espacial, falta de acceso a infraestructura cultural en las comunas periféricas y las barreras para la participación política. Esta revisión documental

fue necesaria para establecer un contrapunto analítico: mientras las cifras oficiales dibujaron el mapa de la carencia —lo que le falta a la ciudad—, las experiencias juveniles narran el mapa de la potencia —lo que se crea en ella—. Así, los datos institucionales funcionaron como el diagnóstico del suelo árido sobre el cual contrastar la fertilidad de las prácticas pedagógicas emergentes.

El procesamiento de la información no se enrutó mediante una técnica estandarizada. Se dio mediante el ejercicio constante de lectura crítica, anotación, escucha, conversación con textos y territorios, y reescritura reflexiva. El criterio hermenéutico permitió comprender tensiones, contradicciones, sentidos y silencios, sin imponer un esquema, tal vez rígido, sobre las vivencias. El texto fue construyéndose mediante capas como una molienda que suelta aroma mientras se transforma: cada argumento fue filtrado por el territorio; cada concepto, puesto a prueba por la experiencia concreta de los jóvenes de esta ciudad, en lectura de esos vestigios y pesquisas de las fuentes literarias, de redes sociales, páginas web y en sí, de las sistematizaciones juiciosas o no, de las fundaciones.

Finalmente, el desarrollo expositivo y argumentativo del ensayo se organiza en tres grandes momentos. Primero, se caracterizan algunas experiencias pedagógicas juveniles en Manizales, visibilizando sus prácticas, escenarios y sentidos. Luego, se avanza hacia una lectura crítica del espacio vivido, enfocándose en cómo los jóvenes a través de las organizaciones sociales disputan, resignifican y reinventan territorios marcados por la estigmatización. Por último, se proponen algunos *lineamientos pedagógicos* que permitan *re-conocer* y fortalecer estas experiencias en los campos de la educación *formal* y *no formal*, desde una pedagogía situada, humanizadora y territorialmente comprometida.

Para ser enfático. Este proceso metodológico no responde a una lógica rígida, sino a una disposición ética para escuchar lo que cada grano de café tiene que decir. Desde el molido grueso de las estructuras urbanas e históricas de Manizales, hasta el molido fino de los gestos cotidianos y comunitarios. Esta molienda busca ser leal a lo vivido, sin traicionar lo que se tuesta a fuego lento en las calles de la ciudad de las puertas abiertas.

3. Desarrollo expositivo y argumentativo

3.1 Una mirada histórica a la desigualdad territorial en Manizales.

Donde germina la semilla, nacen también el saber y el sabor.

Para adentrarse en la savia que alimenta las pedagogías nacidas en los márgenes de Manizales, no basta con escarbar en los datos o recorrer las líneas oficiales de su historia. Hay que detenerse, oler la tierra, escuchar los ecos de las calles empinadas, y preguntarles a las piedras y a los muros por los nombres que alguna vez los habitaron. No es arqueología lo que aquí se persigue, sino una búsqueda viva de raíces, de esas raíces que en ocasiones nutren y en otras aprietan, condicionando las formas posibles de habitar con dignidad.

Manizales —esa ciudad andina que se enreda entre montañas, café y memoria— fue sembrada en 1849, bajo el impulso de la colonización antioqueña. Pero no fue una siembra ingenua. Junto al trazado de las calles y las casas, se injertó también una lógica territorial que desde el principio repartió privilegios y precariedades. Las zonas de mejor acceso, los suelos más seguros, fueron acaparados por quienes portaban poder económico y político en la construcción de dicha ciudad; mientras tanto, las clases populares fueron empujadas y llevadas hacia los bordes, hacia las laderas quebradas que, como cicatrices abiertas, recordaban a diario su exclusión.

Ortega Sapuyes (2023), indica que la expansión urbana de Manizales atendió a una “racionalidad selectiva”, una forma sutil pero coercitiva de organizar el espacio para preservar los privilegios de unos pocos, relegando a otros a territorios de riesgo y olvido. No es casual entonces, que las pedagogías que hoy germinan en los "márgenes" encuentren su sentido más profundo en esta historia compartida de desigualdad y resistencia, la historia que nos une hoy en esta lectura a tomar parte reflexiva y de acción.

La configuración espacial no sólo es el resultado de la geografía física y natural, sino de decisiones históricas y políticas de quienes hacen parte de dichos lugares de enunciación. Durante buena parte del siglo XX, y especialmente entre 1900 y 1940, Manizales vivió un proceso acelerado de crecimiento urbano anclado al auge cafetero. No obstante, este desarrollo no se tradujo en inclusión ni en redistribución equitativa de los recursos. Por el contrario, como lo estipula Perea Restrepo (2021), “la modernización económica estuvo acompañada de una creciente segregación social y espacial, que

consolidó un patrón de ciudad fracturada entre el centro y la periferia, entre lo visible y lo oculto”. Esa desigualdad territorial, construida y mantenida, no es el telón de fondo de las juventudes que hoy actúan en los márgenes: es más bien, la escena principal que ellas se han atrevido a reescribir desde la palabra, el cuerpo y la comunidad.

Figura 9

Fotografía de la fachada de la Fundación Cultura Viva.



Nota. Fundación Cultura Viva. (s.f.). Este lugar es perfecto tal y como es [Fotografía].

Instagram. <https://www.instagram.com/culturavivaf/>

Algunas comunidades han decidido no solo resistir, sino transformar su territorio con color, afecto y sentido pedagógico. No se trata de murales decorativos, ni de maquillaje urbano: se trata de un ejercicio profundo de reexistencia estética. En una esquina del barrio, una casa con techo de zinc y fachada modesta se convierte, por la fuerza del trabajo colectivo, en escuela popular. En las imágenes anteriores: *la Fundación Cultura Viva*. Figura 8. Allí, donde antes hubo una pared cualquiera, ahora brilla una ventana pintada en tonos vivos sobre un corazón encendido, rodeado de plantas en materas rojas, manos cuidadoras, juegos pintados en el suelo y una frase escrita con tiza blanca sobre el cemento desgastado: “*Este lugar es perfecto tal y como es*”.

Quien no conozca el poder de la pedagogía popular podría pensar que es solo un mural. Pero quienes conocen el lenguaje del surco, de la calle y del canto saben que aquí se está educando con la vida. Que cada trazo ha sido pintado por la comunidad: vecinas y vecinos, jóvenes, niñas y niños que se reconocen como parte de una misma siembra. Que el arte no es un lujo, sino una herramienta de justicia, una forma de aprender sin sentirse menos. Aquí, los muros no dividen: invitan. La estética no adorna: transforma.

Por lo pronto, en este paisaje urbano fragmentado, donde las geografías del olvido se repiten como ecos de una ciudad que aún se piensa desde y para el centro, surgen algunas voces que no se conforman con ser parte del "margen". Son juventudes que no sólo habitan el territorio, sino que lo viven en carne propia, lo disputan, lo narran, lo siembran. Como plantas que brotan entre grietas, estas experiencias colectivas no niegan la herida, pero tampoco se quedan en ella: la transforman en gesto pedagógico, en canto, en acción cotidiana.

Es en estos pliegues del espacio vivido —aquellos que la planificación formal dejó sin nombre y sin mapa— donde germinan formas de saber que no entran en los estándares institucionales, pero que huelen a comunidad. Siguiendo a Lefebvre (1978), el espacio no es un mero soporte, sino un producto social, cargado de prácticas, memorias e imaginarios. Y como lo recuerda Harvey (2012), el derecho a la ciudad incluye el derecho a transformar sus sentidos. Las juventudes que actúan en estos territorios no reclaman inclusión: construyen otro modo de estar, de aprender, de habitar con dignidad.

Desde esta comprensión, las experiencias pedagógicas que surgen en comunas como San José, Ciudadela del Norte, Tesorito, La Fuente o Universitaria no pueden entenderse como intervenciones puntuales. Son tramas, tejidos, redes de afecto y pensamiento que disputan el relato oficial de ciudad. A continuación, se presentan algunas de estas organizaciones juveniles que, desde lo cotidiano, practican una *pedagogía del café*: lenta, territorial, sentida.

El fuego que educa no quema, abriga. Bajo esta premisa poética y política, se abre este bloque argumentativo que se adentra en la comprensión del espacio vivido como escenario de disputa, resignificación y pedagogía encarnada. Tueste lento y fuego

comunitario alude aquí al proceso transformador que, como el café cultivado en ladera y tostado con paciencia, requiere tiempo, cuidado colectivo y calor humano para liberar sus aromas más profundos.

En las prácticas juveniles organizadas desde los márgenes de Manizales, el fuego no destruye: abriga, acompaña, mantiene viva la memoria barrial y enciende la palabra. En este contexto, la transformación del territorio no se da a partir de grandes infraestructuras ni discursos oficiales, sino en el cotidiano que los jóvenes recorren, nombran y reconstruyen: una pedagogía territorial donde cada gesto, cada mural, cada acto colectivo se convierte en chispa de una ciudad que se rehace desde sus bordes.

En la Comuna San José, la Fundación Comunitativa ejerce su labor en territorios que han sido marcados por el desplazamiento y las reconfiguraciones urbanas. Allí fue donde la ciudad borró nombres y desplazó cuerpos. La fundación siembra memoria en forma de huertas urbanas, murales colectivos y círculos de saber. En su página oficial virtual, describen su propósito como “la transformación del hábitat humano desde prácticas sostenibles, ecológicas y dignas, a través de procesos de reflexión y acción social” (Fundación Comunitativa, s.f.).

Conocí a la Fundación Comunitativa, así como a la Corporación Nodo y otros procesos de educación popular de la ciudad, no desde la teoría, sino desde la experiencia compartida. Fue alrededor del año 2014, con la banda Señor Coffee y radicado en Manizales. Comencé a recorrer espacios comunitarios, encuentros juveniles y ferias autogestionadas, donde el arte no se limitaba a entretener, sino que se convertía en forma de decir, de resistir, de educar.

Fue allí, en medio de presentaciones musicales como en festivales y plataformas culturales de la ciudad (colectas comunitarias, ruedas de negocios musicales, gestión cultural, convocatorias de composición musical entre otros), diálogos improvisados con jóvenes y educadores populares, donde empezamos a reconocer la fuerza de estos procesos: las huertas como metodologías, murales como cuadernos abiertos a Manizales, círculos de palabra como aulas vivas. Desde entonces, la relación con estos colectivos no fue solo de afinidad estética, sino de admiración y compromiso ético: su trabajo me interpelaba y, a la

vez, ampliaba mi horizonte de lo pedagógico desde mi experiencia de lo *formal*³ de la educación.

El arte también afinsa: es territorio que canta.

Donde la palabra ya no alcanza y los muros no responden, el canto emerge como tejido. En las comunas de Manizales, cantar no es solo entonación: es acto de siembra, es pedagogía que enuncia la vida en medio de la precariedad. La Fundación Huellas de Vida ha sabido reconocer ese canto profundo que nace desde el fogón comunitario, la risa compartida y la memoria del barrio. En su caminar de quince años, con más de 12.000 personas vinculadas, ha hecho de la música y la expresión artística no un accesorio, sino un modo de habitar y de resistir. En sus espacios no se enseña solamente a tocar un instrumento, sino a reconocer en la música, una y mil formas de ser con otros, una forma de no olvidar.

Del mismo modo, en la Fundación Cultura Viva se sostiene su apuesta en el arte como posibilidad de transformación. En sus murales, cuentos, danzas y canciones resuena una pregunta antigua y vigente: ¿cómo imaginar otros futuros posibles cuando todo parece destinado al olvido? Ellos responden con color, con juego, con palabra viva, con tambor. La escuela popular que sostienen no tiene pupitres ni campana de entrada; suena con el ritmo de la cuentería y el ensamble de voces barriales.

Estas apuestas no están solas. Desde 2024, el Programa “Sonidos para la Construcción de Paz” —una iniciativa interdisciplinar del Gobierno de Colombia y el ministerio de las artes las culturas y los saberes— ha promovido la música como instrumento de reconciliación y agencia juvenil. Más que un proyecto artístico, se ha convertido en territorio sonoro: allí donde la guerra sembró silencios, ahora florecen procesos pedagógicos musicales que entrelazan lo individual y lo colectivo, lo ancestral y lo contemporáneo. Su propósito ha sido claro: “*fomentar* el desarrollo humano integral de

³ Según la Ley 115 de 1994, la educación formal corresponde al sistema estructurado por niveles y grados académicos (preescolar, básica y media), con currículo oficial y certificación estatal, distinto de la educación no formal e informal, que también aportan al desarrollo integral y social de las personas (Congreso de Colombia, 1994).

niñas, niños, adolescentes y jóvenes mediante experiencias musicales que fortalezcan la cultura de paz” (Sonidos para la Construcción de Paz, 2024, p. 2)

En contextos pedagógicos y culturales como en el anterior, fue donde conocí, como mencioné anteriormente a través del proyecto musical Señor Coffee y como músico solista, a organizaciones como Comunitativa, y la corporación Nodo, esta última en un proyecto muy bello llamado *Música al Natural*: Una plataforma musical de promoción, distribución y comercialización del ecosistema emergente de las músicas colombianas. Fuimos reconociendo un mismo pulso: la música como excusa para encontrarnos, la canción como bitácora de luchas y ternuras. Desde entonces, el compromiso no ha sido solo estético; ha sido ético y político: acompañando procesos donde el arte es raíz, no ornamento.

El canto que siembra: mi voz en los márgenes de Caldas.

A propósito del programa Sonidos para la Construcción de Paz. En el año 2024, mi camino como músico y educador popular se trenzó con las montañas del norte Caldas, a través del Programa Presidencial Sonidos para la Construcción de Paz. Allí, en los municipios de Pácora y Neira, no sólo compartí acordes: aprendí a leer más el territorio con el oído. compartir con chicos y chicas de grados séptimo a décimo de la Institución Educativa Escuela Normal Superior “San José” y con niños y niñas de grados segundos a quintos de la Institución Educativa Neira respectivamente, entre bambucos, pasillos y cumbias compuestas colectivamente, me ayudaron a fortalecer aún más, el precepto que cantar en la escuela, no es solo emitir sonidos; es un acto de justicia, de memoria y de siembra.

En la Escuela Normal Superior de Pácora, la canción “*Agüita pa’l Pueblo*” emergió como himno vital. En sus letras, los estudiantes de grado décimo, nombraban el agua como derecho, como paisaje y como vínculo. Como lo señalé en la reflexión entregada al programa, la música no fue un complemento metodológico, sino un espacio de sanación, de resistencia creativa y de reencuentro con los saberes locales. El aula se disolvía: en su lugar

aparecían huertas sonoras, guardianes ancestrales, ensambles musicales que tejían lo biocultural con lo emocional, lo histórico con lo pedagógico.

Este proceso no fue aislado. En Manizales, experiencias similares vibraron en este importante programa y aún vibran en la voz de los colectivos culturales que transforman las comunas con cuentería, muralismo y danzas de resistencia. La Fundación Cultura Viva, por ejemplo, afirma desde sus redes que cree en “la transformación social a partir de las artes, el juego y la memoria” (Fundación Cultura Viva, s.f.). Mientras tanto, Huellas de Vida — en la Ciudadela del Norte— ha entrelazado por más de 15 años el canto, los comedores comunitarios y el acompañamiento socioemocional como pedagogías barriales profundas.

En síntesis y consonancia, la propuesta de Sonidos para la Paz, operada por la Universidad de Caldas para este territorio, (zona 4, departamentos de Caldas, Quindío, Risaralda, Putumayo y Caquetá) articula doce rutas de aprendizaje musical que promueven culturas de paz a través de prácticas artísticas, fortalecimiento de identidades y generación de liderazgos juveniles. Bajo principios como la musicalidad críticamente reflexiva, el enfoque psicosocial y el arraigo territorial, el programa dignifica el arte como bien público y reconoce a los artistas formadores como agentes ético-pedagógicos en territorios marcados por el conflicto y el olvido.

Desde este cruce de caminos —mi voz cantada en los márgenes rurales, mi presencia como educador popular y “formal” en contextos urbanos de Manizales, y mi recorrido como compositor en Señor Coffee y otros proyectos musicales— reconozco que el canto no es decoración, ni terapia. Es acto político. El arte, cuando emerge desde la raíz de las resistencias, tiene fuerza de río: transforma paisajes, abre caminos, y deja sedimento fértil. Como dijo Freire (1970), “la palabra transforma el mundo cuando es acción y reflexión” (p. 99).

La brocha también narra: pinta lo que la historia no quiso escribir.

Cuando el barrio no encuentra cabida en los discursos oficiales, la brocha se convierte en su cronista. En Manizales, desde hace una década, el Festival de Narrativas Urbanas ha venido narrando con aerosol lo que el poder urbanístico prefirió borrar. A través de iniciativas lideradas por *Corpo Emergiendo*, (organización que orienta sus acciones al desarrollo integral de las comunidades desde lo social, educativo, cultural y artístico.) este encuentro artístico ha llevado murales y grafitis a sectores populares, la ladera suroriental y zonas del centro de Manizales.

En el año 2024, el festival viaja al municipio de Belalcázar, Caldas del 8 al 14 de noviembre, convirtiendo muros antes deteriorados del municipio en lienzos de dignidad. Más allá del gesto estético, se trata de una acción de memoria que devuelve rostro y palabra a comunidades históricamente desplazadas. Con apoyo de aliados como Manizales Cómo Vamos y el Alto Comisionado para la Paz, este festival demuestra que una pared pintada con sentido es también un territorio reconfigurado, un mensaje colectivo, una escuela a cielo abierto. Ver Figura 10.

El collage presentado, reúne fragmentos de la XI edición del festival narrativas urbanas en Belalcázar (Caldas), donde la memoria, el territorio y la vida cotidiana se transforman en imagen. En la imagen superior derecha, el colectivo de artistas y habitantes posa frente a una casa tradicional, símbolo del arraigo comunitario. En la segunda, el mural de @guayaartista captura el rostro alegre de una mujer campesina, pintado con los colores del atardecer que abrazan las montañas del municipio. La tercera imagen presenta el trabajo de @cucabionica, quien retrata a una mujer en tres tiempos: habitando, cuidando y proyectando su territorio, envolviéndolo en pausas contemplativas que desafían la lógica acelerada del desarrollo. Finalmente, el mural en blanco y negro de @carlos_bez presenta un contraste visual y simbólico: un mototaxi y un oso perezoso, que encarnan las tensiones entre movilidad y lentitud, entre orden y caos, entre lo urbano y lo biodiverso. Cada trazo dialoga con la dualidad de un municipio que se cuenta desde sus márgenes y se pinta desde la dignidad.

Figura 10

Rostros, muros y memorias en Belalcázar: pedagogías pintadas en clave de dignidad



Nota. Collage de elaboración propia basado en fotografías del festival, Narrativas Urbanas de Manizales, Edición Belalcázar, Caldas. Recuperado de Narrativas Urbanas MZL. (2024, noviembre). XI edición del festival de muralismo en Belalcázar, Caldas. Instagram.

<https://www.instagram.com/narrativasurbanasmzl/>

No es casual que la Universidad de Caldas, a través de su Programa de Artes Plásticas, haya asumido también esta tarea. Durante el Festival de Arte Urbano – Floración Cromática de 2024, el campus universitario del Bicentenario fue intervenido por muralistas como Cráneo, Diablo Mestizo y Haider, quienes pintaron junto a estudiantes y docentes escenas que, más que decorar, buscan disputar el sentido del espacio educativo. Esta acción reafirma que la universidad no puede ser una torre de marfil aislada de las calles: debe abrir sus muros, literal y simbólicamente, para que, entre la ciudad con sus luchas, su arte y sus contradicciones.

Tanto el festival Narrativas Urbanas, como la universidad de Caldas, han comprendido una clave que la educación popular ha trabajado desde hace décadas: que el primer paso para transformar el territorio es transformar la mirada. El mural, el grafiti, el color no son ornamentos —dicho con antelación— son actos de resistencia visual. Donde antes había abandono, ahora hay memoria pintada. Donde solo quedaba muro, ahora florece relato. Así, el arte popular no solo embellece: devuelve humanidad a lo que la modernización invisibilizó.

En esta misma clave actúa la Fundación Voces de Aliento, en la Comuna Universitaria. Sus proyectos “Pégate al parche”, “Las Comunas del Folclor” y “Locos por la convivencia” han llenado de danza, deporte y música los barrios Solferino, Samaria, y el barrio Fátima. En la *Figura 11*, se detalla, así como entre muchos otros lugares de la ciudad donde los jóvenes —muchos vinculados a barras futboleras o en riesgo de exclusión— han encontrado formas de rehacer sus territorios desde la alegría compartida del fútbol en paz.

Lo que aquí se ve no es solo pintura sobre pared: es memoria que se plasma, convivencia que se celebra y territorio que se transforma. En estas escenas, niñas, niños y jóvenes del barrio se vuelven artistas de su propia geografía, coloreando muros con la biodiversidad que los rodea, con la historia que los habita y con la esperanza que los sostiene. Cada trazo, cada color, cada palabra escrita sobre el concreto, evoca una pedagogía que brota desde la base, una educación que no teme ensuciarse las manos para embellecer lo común. Así, en los muros de La Cumbre y Fátima se gesta una estética de lo colectivo: donde hay arte, hay resistencia, y donde hay comunidad, hay escuela viva. Estas

imágenes fueron tomadas del proceso comunitario liderado por la Fundación Voces de Aliento, en el marco del proyecto Pégate al Parche, específicamente durante el taller de muralismo “Locos por la Convivencia” en los barrios La Cumbre y Fátima, pertenecientes a las comunas Ecoturística Cerro de Oro y Universitaria, respectivamente. Este proceso se caracteriza por articular arte, juventud y territorio, consolidando una educación popular en clave estética, afectiva y territorial (Fundación Voces de Aliento, 2024).

Figura 11

Collage fotográfico, taller de muralismo en las comunas Cerro de Oro y Universitaria.



Nota. Fundación Voces de Aliento. (s.f.). Locos por la convivencia [Fotografía]. Instagram. <https://www.instagram.com/fundacionvocesdealiento/>

Estos procesos no responden a intervenciones planificadas netamente desde arriba, sino a entramados de afecto, necesidad y memoria que emergen con paciencia, como el café que se tuesta lentamente al fuego de lo colectivo. Como señalan los informes de Manizales Cómo Vamos (2023), estos barrios siguen presentando los más bajos indicadores de acceso a cultura, participación y servicios básicos. Sin embargo, sus muros ahora cuentan otra historia: una historia pintada por sus propios habitantes. La transformación empieza cuando lo cotidiano se vuelve digno de ser visto, por tu propia mano.

En los pliegues de la exclusión, donde el mapa no alcanza y la ciudad no nombra, las juventudes organizadas siembran pedagogías del habitar. No buscan asistencia: producen ciudad. No esperan ser reconocidas: se enuncian. Como el café que se cultiva en ladera, estas experiencias se tuestan con historia y se comparten como una infusión densa de dignidad, palabra y territorio.

El fuego que educa no quema, abriga. Esta no es solo una metáfora, sino una forma de situar la esperanza: como el calor que no destruye, sino que transforma y acompaña. Así se cuecen las pedagogías del espacio vivido en Manizales, a fuego lento y en comunidad. Donde germina la semilla, nacen también el saber y el sabor: un proceso que, como el café cultivado en ladera y tostado con paciencia, requiere tiempo, sombra y calor humano para liberar sus aromas más profundos.

Esta imagen encuentra resonancia en la noción de espacio vivido propuesta por Lefebvre (1978), quien sostiene que el espacio no es un fondo neutro, sino una construcción social cargada de afectos, prácticas y símbolos; un territorio en el que se inscriben relaciones de poder, pero también actos de resistencia y creación. En las prácticas juveniles organizadas desde los márgenes de Manizales, el fuego no destruye: abriga, mantiene viva la memoria barrial y enciende la palabra, como lo plantea Reguillo (2000), al entender a las juventudes como agentes que narran, resignifican y disputan su lugar en la ciudad desde sus territorios simbólicos.

Esta resignificación cotidiana se enmarca también en la idea de multiterritorialidad desarrollada por Haesbaert (2014), quien propone que los sujetos habitan múltiples dimensiones territoriales simultáneamente: físicas, simbólicas, afectivas y políticas. En este

contexto, la transformación del territorio no se da a partir de grandes infraestructuras ni discursos oficiales, sino en lo cotidiano que los jóvenes recorren, nombran y reconstruyen, a través de una pedagogía territorial enraizada en la práctica, en la comunidad y en la memoria. Como lo sostiene Freire (2002), educar no es transferir conocimiento, sino crear condiciones para que el otro se reconozca como sujeto de saber, desde su lugar y su experiencia. Así, cada gesto, cada mural, cada acto colectivo se convierte en chispa de una ciudad que se rehace desde sus bordes, como acto de esperanza activa y no de espera pasiva (Freire, 1994).

Caracterizar las experiencias pedagógicas juveniles en Manizales exige una mirada que se aleje de los marcos tradicionales con que suelen observarse las juventudes desde el centro: como población en riesgo, como objeto de intervención o como etapa de tránsito hacia la adultez. Desde los márgenes de la ciudad, sin embargo, emerge otra cartografía: una que no se diseña desde el escritorio, sino que se cultiva en las laderas, en las huertas urbanas, en los murales, en los cantos de las barras y en las voces de quienes hacen de su barrio un espacio de dignidad. Las juventudes organizadas en comunas periféricas de Manizales no son espectadoras del territorio, sino hacedoras de pedagogías que se gestan desde la experiencia, la exclusión y la esperanza.

En este sentido, fundaciones como Comunitativa, Cultura Viva, Huellas de Vida, Corporación Nodo y Voces de Aliento han construido prácticas pedagógicas no institucionalizadas que resisten el despojo y generan conocimiento desde abajo. Por ejemplo, Comunitativa impulsa procesos de agroecología, arte comunitario y apropiación barrial en el barrio San José, mientras que Cultura Viva trabaja con niños y jóvenes en la transformación del espacio urbano a partir de expresiones artísticas. Huellas de Vida ha generado estrategias de formación cultural y comunicativa en la Comuna Norte para enfrentar la violencia y la deserción escolar, mientras que Nodo propone una educación popular festiva, desde la risa, el cuerpo y la creación. Por su parte, Voces de Aliento ha convertido el barrismo social en una herramienta de articulación juvenil, ciudadana y cultural (Memorias de Barrio, 2023).

Estas experiencias no son anécdotas: tienen cuerpo, historia, estructura y propósito. Están construidas desde el cotidiano, pero también desde la reflexión. Lejos de ser una

simple acción juvenil “de paso”, se han sostenido en el tiempo, han incursionado en la autogestión, y se han vinculado con actores locales e internacionales. Esto contradice una de las ideas más arraigadas en ciertos discursos institucionales: aquella que sostiene que los y las jóvenes, y en particular las juventudes populares, no tienen la formación ni la madurez suficiente para construir pedagogías significativas. Al contrario, como lo afirma Reguillo (2000), las juventudes son protagonistas que disputan sentidos, narran su ciudad y resignifican los espacios que habitan. Su acción territorial es también acción pedagógica.

Estas organizaciones, que surgen de barrios históricamente excluidos de las lógicas del reconocimiento institucional, son también laboratorios de aprendizaje. En ellos se ensaya otra forma de hacer ciudad: no desde la infraestructura, sino desde la relación.

Como diría Freire (1970), toda educación es un acto político. En este caso, enseñar no es imponer contenidos desde un centro, sino generar condiciones para que los saberes situados, corporales y comunitarios puedan emerger. Freire (2002) refuerza esta idea al decir que enseñar no es transferir conocimientos, sino crear posibilidades para su construcción conjunta. Esto es precisamente lo que hacen estas organizaciones: crean condiciones, abren espacios, habilitan tiempos.

Los datos empíricos también respaldan esta mirada. El Índice de Progreso Juvenil (2022) señala que, a pesar de tener niveles aceptables de educación básica y cobertura escolar, Manizales presenta brechas importantes en participación cultural juvenil, acceso a espacios de expresión y oportunidades de liderazgo comunitario. Por su parte, el informe Manizales Cómo Vamos (2022) evidencia que los jóvenes de las comunas más periféricas tienen menor acceso a programas culturales y formativos, lo que refuerza la exclusión simbólica. En ese vacío, emergen estas pedagogías del margen, que no solo suplen, sino que crean nuevos circuitos de sentido.

Estas formas de hacer pedagogía desde el barrio no buscan reemplazar la *educación formal*, sino ampliarla, desafiarla, oxigenarla. Como el café que se cultiva en una ladera y no en monocultivo, estas pedagogías requieren tiempo, sombra, humedad, y también cuidado. Son lentas, como el tueste artesanal. Pero por eso mismo, son profundas, significativas, aromáticas. Y lo que dejan en quien las atraviesa como el buen café, es el

retrogusto: ese sabor que queda cuando el acto educativo ha sido compartido desde la dignidad y no desde la imposición.

3.2 El fuego que educa: transformando el espacio vivido.

Donde el aroma del café tostado impregna las laderas olvidadas, florecen resistencias que no buscan aplauso, sino dignidad.

La educación popular que emerge desde los márgenes urbanos no se mide en estadísticas ni en logros institucionales: se cultiva con la misma paciencia con la que el café madura en la sombra fresca de las montañas. Así es como las juventudes organizadas en los territorios populares de Manizales rehacen día a día su derecho al territorio, no desde la espectacularidad de los grandes discursos, sino desde la constancia íntima del gesto, del encuentro, del trabajo colectivo.

En estos espacios olvidados por el modelo urbano dominante, las juventudes —a través de prácticas de resignificación y resistencia— hacen de los barrios no solo lugares de tránsito, sino territorios vivos, cargados de memoria y de sentido. Yi-Fu Tuan (1977) lo explica con precisión: “El espacio se convierte en lugar cuando es habitado, cuando se carga con experiencias, afectos y memorias. No basta con ocuparlo físicamente: es necesario vivirlo, narrarlo, sentirlo” (p. 6).

Esta vivencia territorial no es accidental: es un acto político profundo. En Manizales, las comunas periféricas como Ciudadela del Norte, Tesorito, La Fuente, San José y Solferino han sido históricamente tratadas como márgenes, como residuos urbanos, tal como señalan Zuluaga y Grisales (2018): “La expansión urbana de Manizales consolidó un patrón espacial excluyente, donde el centro concentró el acceso a los recursos y la periferia fue relegada a la precariedad y al olvido” (p. 85).

Frente a esta realidad, colectivos como Corporación Nodo, Comunitativa, Fundación Cultura Viva, Fundación Huellas de Vida y Voces de Aliento han emprendido prácticas de reterritorialización que no sólo ocupan el espacio, sino que lo transforman, lo recrean, lo dignifican. Estas organizaciones no ofrecen eventos puntuales ni promesas de inclusión vacía: ofrecen territorio, ofrecen historia. Henri Lefebvre (1978) nos recuerda que: “El

espacio social es un producto histórico, reflejo de las relaciones de poder y de los conflictos sociales. Nunca es un espacio vacío: siempre es el resultado de disputas y de utopías” (p. 32).

En esta lógica, cada huerta comunitaria sembrada por Comunitaria en el Barrio San José, cada mural pintado por Fundación Cultura Viva en los Andes, cada proyecto educativo de Fundación Huellas de Vida en Solferino o cada carnaval festivo impulsado por Corporación Nodo en La Enea son actos de recuperación simbólica del territorio, actos que devuelven vida a espacios que el modelo hegemónico pretende mantener en silencio.

3.3 Donde la ciudad no llega, la dignidad florece

La educación territorial no se decreta, se siembra, se riega, se habita.

Mientras en las prédicas institucionales se celebra a Manizales como una ciudad modelo para Colombia y Latinoamérica, los datos revelan otros asuntos. Según el informe Manizales Cómo Vamos (2023), que forma parte de la red nacional de Ciudades Cómo Vamos, apenas el 38% de los jóvenes participa en actividades culturales promovidas por las instituciones públicas, y en las comunas periféricas esta cifra cae aún más abruptamente. Por su parte, los análisis realizados por el Índice de Progreso Juvenil (2022) muestra que apenas el 29% de los jóvenes de los sectores populares acceden a programas extra-clase culturales o deportivos.

Esta desconexión no es simple casualidad: pareciera estructural. La Oficina de Infancia, Adolescencia y Juventud de Manizales (2024) reporta actividades centradas en campañas preventivas, concursos de fotografía o ferias de servicios, entre otros activismos superficiales. Si bien estas acciones tienen su importancia, no logran construir procesos territoriales profundos ni reconocen la multiterritorialidad juvenil.

En cambio, como señala Rogerio Haesbaert (2013): “La reterritorialización implica un proceso de recuperación simbólica, afectiva y política del espacio perdido, particularmente donde la desterritorialización ha negado históricamente la posibilidad de pertenencia” (p. 67). Las juventudes populares de Manizales, desde sus experiencias barriales, están reterritorializando la ciudad a su manera: apropiándose de esquinas olvidadas, de canchas desvencijadas, de pasajes sin nombre, devolviéndoles voz y rostro.

Como bien argumenta Mario Sosa (2012): “La territorialidad insurgente no consiste solamente en habitar un espacio, sino en producir sentidos de pertenencia, resistir el olvido y reescribir las geografías dominadas” (p. 38).

3.4 El café tostado en la sombra: resistencias que maduran despacio.

No toda resistencia es visible. Hay fuegos que educan en silencio, como el tueste lento que libera el alma del grano.

Cada proyecto de las fundaciones comunitarias es un acto de reexistencia lenta y profunda. Corporación Nodo despliega cultura popular festiva como forma de pedagogía territorial en La Enea; Comunitativa resignifica la memoria barrial de San José a través de la agroecología y el arte; Fundación Cultura Viva transforma paredes olvidadas en lienzos de memoria viva en Tesorito; Fundación Huellas de Vida construye procesos de comunicación alternativa y ciudadanía juvenil en Ciudadela del Norte; Voces de Aliento reconfigura el barrismo social en herramienta de construcción comunitaria.

Lejos de las lógicas asistencialistas, estas organizaciones entienden que educar es habitar, es cuidar, es dignificar. Es hacer de la calle, del barrio, del parque un aula viva donde la memoria, el cuerpo y la palabra reconfiguran la ciudad.

David Harvey (2012) comenta al respecto: “El derecho a la ciudad es el derecho a cambiarla, a rehacerla desde abajo, desde los márgenes, desde la vida cotidiana de quienes la habitan y no simplemente de quienes la gobiernan” (p. 23). Desde esta mirada, las juventudes organizadas en las comunas de Manizales ejercen a diario su derecho a la ciudad, no desde las salas de los edificios institucionales, sino desde los muros, las huertas, las plazas.

Quien siembra su lugar, educa su historia. Quien habita dignamente, enseña a resistir. No es suficiente con reconocer estos procesos insurgentes de territorialización juvenil. El desafío que se impone es uno doble (*un café cargado*): protegerlos de la absorción institucional superficial y fortalecerlos pedagógicamente para que no se filtren frente a las presiones estructurales de desterritorialización.

Así como el caficultor recoge con cuidado el fruto madurado tras meses de paciencia y sombra, corresponde entonces imaginar y provocar algunas estrategias pedagógicas y didácticas, que respeten y potencien estos procesos juveniles de reconfiguración del territorio. Será hacia ese horizonte ético contextualizado y profundamente humano, que nos dirigiremos en el próximo bloque de este menester argumentativo.

3.5 Molido fino: abrir la molienda a otros sentidos.

La molienda no solo separa: también revela. Cada grano tiene su fuerza oculta, cada barrio su memoria fértil.

En la molienda lenta de la vida barrial, como en el grano de café que cruje bajo el molino, se liberan los saberes que los mapas oficiales no registran. No todo aprendizaje se enseña en las aulas. No toda pedagogía se dicta bajo normas ministeriales. Las juventudes populares de Manizales, sembrando huertas, pintando muros, narrando sus territorios entre otras, han venido gestando un saber profundo que parece no caber en las estadísticas, pero que respira en cada callejón recuperado, en cada mural pintado, en cada carnaval celebrado, en cada juntanza convocada.

Este bloque no pretende ofrecer lineamientos cerrados ni recetarios. Desde la pedagogía crítica, sabemos —como bien nos enseñó Paulo Freire (1994)— que *“la educación verdadera es praxis, reflexión y acción del hombre sobre el mundo para transformarlo”* (p. 52). Por ello, no se proponen “manuales de intervención” ni “buenas prácticas” encapsuladas. Lo que aquí se presenta son provocaciones posibles, apuestas didácticas emancipadoras que buscan fortalecer las pedagogías del espacio vivido, sin anular su fuerza insurgente.

Estas apuestas como se vienen tratando con anterioridad, están dirigidas especialmente a quienes tienen hoy el desafío de educar en medio de las fracturas urbanas: docentes de ciencias sociales, educadores populares, formadores en cátedras de paz, maestros rurales y urbanos que reconocen que el aula no termina en cuatro paredes.

La educación que realmente enraíza no puede hablar de ciudadanía como si fuera un concepto que flotara en el aire ajeno a la tierra, al polvo y a las cicatrices que recorren los territorios populares. No se enseña ciudadanía repitiendo artículos de ley en aulas cerradas, mientras afuera los jóvenes caminan calles donde la exclusión se siente en los muros descascarados, en los parques vacíos, en los nombres olvidados de los barrios. Hablar de derechos sin reconocer el derecho primero - el derecho a habitar, a narrar, a sembrar memoria en la ciudad- es sembrar en tierra seca.

Como advierte Haesbaert (2011): “La desterritorialización no es solo una pérdida de espacio físico; es, ante todo, una pérdida simbólica, una negación de sentido y de pertenencia. Es la expulsión de los sujetos de su derecho a ser en el lugar” (p. 85). Y cuando esa expulsión ocurre, la pedagogía no puede seguir ignorándola. La educación, si quiere ser humana y transformadora, debe partir de la vida concreta de quienes han sido sistemáticamente desplazados, estigmatizados, silenciados. No basta con enseñar derechos en abstracto. Hay que caminar el barrio, escuchar la calle, sentir el peso de las fronteras invisibles que dividen la ciudad. Como nos enseña Paulo Freire (1994) en *Pedagogía de la esperanza*: “El conocimiento del mundo precede al conocimiento de la palabra. Por eso, enseñar exige saber leer la realidad antes que el texto” (p. 32).

Leer la realidad implica reconocer que los jóvenes de los “márgenes” no solo habitan espacios geográficos, sino también territorios existenciales que han sido históricamente negados. Sus luchas cotidianas -la huerta sembrada en un lote abandonado, el mural que recupera la memoria barrial, la radio comunitaria que cuenta historias no oficiales- son también formas de escritura, de reexistencia, de pedagogía viva.

Freire (2002), en *Cartas a quien pretende enseñar*, lo reafirma: “No hay educación neutra. O se educa para la reproducción de la injusticia o se educa para la transformación del mundo” (p. 57). Por eso, la educación situada; es decir en contexto, teniendo en cuenta las necesidades, intereses y expectativas de su comunidad, de manera crítica y humanizadora debe aprender a escuchar el rumor de la molienda: ese crujido sordo con el que el café libera su aroma oculto. Cada barrio tiene su ritmo, su dolor y su esperanza. Cada joven que siembra, que pinta, que canta su territorio está diciendo: “Aquí estamos, aquí resistimos, aquí también educamos y nos formamos como seres humanos.”

Haesbaert (2013), señala lo siguiente, hablando de las luchas por la multiterritorialidad: “*La reivindicación territorial no es solo una cuestión de ubicación física, sino una afirmación política de existencia y de derecho a producir sentido sobre el espacio vivido*” (p. 112). Reconocer estas territorialidades insurgentes no es un gesto de *caridad pedagógica*: es una exigencia ética. Es entender que sin memoria territorial no hay ciudadanía plena, que sin derecho al espacio vivido no hay educación que libere.

Ahora bien, este apartado propositivo, presenta cinco *apuestas* pedagógicas y didácticas (Tabla 1) que intentan dialogar críticamente con los desafíos de la educación formal y popular, en contextos de una profunda desigualdad territorial. Acoto, más que lineamientos rígidos o directrices totalitarias, estas apuestas se entienden como *provocaciones posibles*, como caminos abiertos para el trabajo educativo con juventudes en territorios urbanos marcados por la exclusión y la esperanza. Inspiradas en los postulados de Paulo Freire, estas apuestas pretenden ofrecer a docentes de ciencias sociales, formadores de cátedra de paz y educadores populares, herramientas que favorezcan el reconocimiento de las pedagogías del espacio vivido como prácticas de justicia territorial juvenil. Cada apuesta está pensada como una semilla que puede germinar en distintos contextos, dependiendo de los ritmos, necesidades y resistencias de cada comunidad educativa.

Una consideración especial, el término empleado por el autor, sobre *apuesta* no remite al azar ni a la incertidumbre lúdica. Se entiende mejor aún, como una provocación pedagógica intencionada: en concreto es un acto de esperanza crítica que abre múltiples posibilidades de transformación socioeducativa. Entonces, cada apuesta que aquí se presenta, busca sembrar surcos posibles de justicia territorial y de dignificación juvenil, en diálogo permanente entre la educación formal y las prácticas vivas de la educación popular. Siguiendo el legado de Paulo Freire, apostar es aquí un gesto consciente, amoroso y ético: sembrar la palabra allí donde el silencio ha sido impuesto, caminar el territorio como aula viva, cultivar, junto a otros y otras, el inédito viable.

Ahora bien, estas cinco semillas no deben leerse como frutos aislados, sino como la cosecha directa de los objetivos trazados al inicio de esta siembra. Las dos primeras apuestas, *sembrar el territorio* y *sembrar la palabra*, responden al primer objetivo

específico, pues permiten *enunciar* y reconocer las experiencias juveniles tal como emergen en el suelo barrial.

Siguiendo el surco, las semillas de *sembrar el porvenir* y *sembrar desde la vida* profundizan en el segundo objetivo, ofreciendo claves para *interpretar* cómo estas prácticas resignifican no solo el espacio físico, sino también el tiempo y la existencia cotidiana. Finalmente, la invitación a *sembrar con ternura* cierra el ciclo integrando el sentido del tercer objetivo: *proponer* horizontes pedagógicos donde la crítica no sea un arma, sino un abrazo colectivo capaz de cultivar la esperanza concreta.

Tabla 1. *Semillas pedagógicas inspiradas en la obra de Paulo Freire*

Nº	Semilla pedagógica	Fundamento Freiriano	Aplicación en educación formal y Popular	Impacto y desarrollo en jóvenes
1	Sembrar el territorio: desaprender para re-aprender.	Cartas a quien pretende enseñar (2002): la humildad de aprender junto con los educandos.	Cartografías barriales críticas y participativas entre estudiantes y docentes.	Refuerza la agencia juvenil en la resignificación crítica del espacio vivido.
2	Sembrar la palabra: pedagogías de la oralidad crítica.	Pedagogía del oprimido (1970): nombrar el mundo para humanizarlo.	Creación de relatos orales, crónicas barriales, testimonios comunitarios en ciencias sociales y cátedra de paz.	Visibiliza las voces juveniles, legitima su memoria barrial, resignifica identidad territorial.
3	Sembrar el porvenir: prácticas del inédito viable.	Pedagogía de la esperanza (1994): apostar por lo que aún no existe, pero es posible construir.	Proyectos escolares de diseño de futuros territoriales: huertas, radios comunitarias, espacios alternativos soñados.	Activa la imaginación política juvenil, proyectando futuros dignos y justos.
4	Sembrar desde la vida: pedagogías situadas.	Cartas a quien pretende enseñar (2002): enseñar es crear condiciones para construir conocimiento desde la realidad.	Contenidos curriculares que emergen de los problemas territoriales concretos (violencia, desigualdad, migraciones).	Integra el saber escolar a la experiencia territorial juvenil, fortaleciendo pensamiento crítico situado.
5	Sembrar con ternura: comunidades críticas de aprendizaje.	Pedagogía de la esperanza (1994): la crítica amorosa como fuerza emancipadora.	Círculos de diálogo, asambleas escolares y proyectos comunitarios de reflexión-acción.	Fomenta deliberación solidaria, fortalece la organización juvenil crítica y afectiva.

Nota. Elaboración propia a partir de Freire (1970, 1994, 2002).

Con base en la tabla 1, se detalla su información para comprender en qué consisten cada una de las “*semillas pedagógicas*” y su aplicación en los contextos de educación formal y popular.

3.6 Las cinco semillas pedagógicas

Semilla pedagógica N.º 1: Sembrar el territorio, desaprender para *re-aprender*

La educación que pretende sembrar justicia territorial no puede partir de la certeza, sino de la escucha. No se trata de llegar a los territorios con conceptos ya empaquetados, sino de desaprender primero: reconocer que, para enseñar con dignidad, antes hay que reaprender los saberes que ya laten en los caminos, en los barrios, en las voces juveniles.

Como sostiene Freire (2002), “enseñar exige la humildad de quien se sabe incompleto, de quien comprende que también aprende al enseñar” (p. 36). Esta humildad es radical: implica no solo reconocer que no lo sabemos todo, sino admitir que muchas veces quienes habitamos los espacios educativos formales debemos aprender —y mucho— de los territorios populares, de sus modos de resistencia, de sus formas de habitar dignamente la exclusión.

Sembrar el territorio invita a desaprender las lógicas de absorción curricular, y tratar de reconstruir pedagogías otras, desde las experiencias territoriales concretas. Una estrategia potente para ello es el uso de cartografías sociales críticas: en breve, ejercicios colectivos donde estudiantes y docentes reconstruyan juntos el significado de su barrio, sus lugares de memoria, sus ausencias y sus esperanzas. Este gesto pedagógico, ya practicado por organizaciones en barrios de Manizales, como la Comuna San José, permite desenterrar sentidos silenciados y reterritorializar el derecho a habitar con dignidad (Comisión de la Verdad Comuna San José, 2022).

La experiencia de esta comuna, convertida en símbolo de despojo urbano y resistencia, enseña que el territorio no es solo espacio físico, sino herida abierta y memoria viva. Frente al llamado progreso del Macroproyecto de Renovación Urbana —que prometía desarrollo y produjo destierro— surgieron mapas comunitarios, teatros callejeros, huertas urbanas y la Universidad de la Tierra como actos pedagógicos de reexistencia (Escobar, 2022). Son formas de sembrar territorio desde la fractura, de documentar lo ausente y resignificar lo común.

Como diría Haesbert (2011), “el territorio es más que un espacio; es una construcción simbólica, un ejercicio cotidiano de pertenencia y resistencia” (p. 45). Así lo muestran también los relatos de Memorias de barrio, donde la topografía barrial se convierte en archivo afectivo: una esquina es un recuerdo; una cancha, una lucha; un muro, un lugar de duelo y celebración. En estas narrativas, como sostiene el texto Construir un NosOtros, no se trata solo de mapear el barrio, sino de reconocerse como comunidad-sujeto, capaz de narrar y disputar el espacio que habita.

De esta manera, el trabajo pedagógico se transforma: ya no se enseña desde el arriba institucionalizado hacia el abajo popular, sino que se presenta un entrelazamiento horizontal de experiencias vividas a partir de las realidades de todos y todas. El barrio no es solo escenario: es texto vivo, es aula abierta, es fuente legítima de conocimiento.

Freire (1994) lo expresa bellamente en Pedagogía de la esperanza cuando dice: “La educación debe partir del mundo tal como es vivido, no como debería ser según los modelos preestablecidos” (p. 48). Sembrar el territorio, entonces, es una pedagogía de la escucha encarnada: requiere tiempo, confianza, relacionalidad y acción situada. Requiere poner el cuerpo en los bordes, allí donde el Estado no llega, pero donde florece la vida organizada.

En esta perspectiva, cada cartografía barrial, cada mapa de recuerdos, de ausencias, de sueños, es también una siembra: como quien riega el café en la ladera, cultivando con paciencia los brotes invisibles hasta que aflore el aroma de la dignidad recuperada. Sembrar el territorio es, en última instancia, aprender a mirar otra vez. A ver no solo calles, casas o esquinas, sino huellas, luchas, sueños y posibilidades inacabadas. Es como todo acto pedagógico auténtico, una práctica amorosa de reaprendizaje mutuo, donde el educador también es sembrador de sentidos y el educando, cuidador de su propio derecho a la ciudad.

Semilla pedagógica N.º 2: Sembrar la palabra, pedagogías de la oralidad crítica

La palabra no es apenas un instrumento de comunicación. En la pedagogía crítica, la palabra es acción, es mundo nombrado, es territorio simbólico en disputa. En los barrios populares de Manizales, donde la historia oficial suele silenciar, son los y las jóvenes

quienes, con sus voces, sus relatos, sus cantos, siembran día a día memoria viva en las calles. Freire (1970) enseña con contundencia en *Pedagogía del oprimido*: “Nombrar el mundo es, para los hombres y mujeres, un acto de creación y recreación permanente” (p. 92).

Sembrar la palabra es entonces sembrar también la dignidad. Frente a territorios históricamente estigmatizados, invisibilizados o narrados desde el prejuicio, la construcción de pedagogías de la oralidad crítica invita a los y las jóvenes a reapropiarse de sus relatos, a contar su barrio desde adentro, a resistir la narración impuesta que muchas veces los reduce a cifras o estigmas. Esta reapropiación narrativa, como lo evidencian los testimonios del *Informe de la Comisión de la Verdad de la Comuna San José*, es una forma de desobediencia simbólica, donde decir lo propio se convierte en un acto político de reexistencia (Comisión de la Verdad Comuna San José, 2022).

Desde la educación formal y popular, esta siembra puede cultivarse mediante proyectos de relatos orales comunitarios, crónicas barriales, memoriales hablados, donde las juventudes narren su espacio vivido, sus luchas cotidianas, sus sueños sembrados en las laderas olvidadas. En los procesos de la comuna San José, por ejemplo, niñas, niños y jóvenes han creado obras teatrales, podcasts, caminatas narradas y hasta radios comunitarias temporales, dando cuerpo y voz a una pedagogía del NosOtros, donde lo común se narra desde adentro (Escobar, 2022; Mora, 2018).

Freire (1994), en *Pedagogía de la esperanza*, reafirma que: “La palabra verdadera es aquella que transforma el mundo y no aquella que lo adapta o lo justifica” (p. 69). Bajo este interés, no basta con acumular testimonios de forma asistencialista. La pedagogía de la oralidad crítica exige el diálogo genuino, ampliando, en procesos de co-construcción de narrativas vividas, espacios donde cada joven deje de ser *objeto de estudio* para convertirse en sujeto de palabra. En palabras de Botero-Gómez (2015), esto requiere abandonar la lógica de “beneficiarios” y asumirnos como comunidades de sentido que se narran en resistencia y ternura. En este marco, los enfoques metodológicos como la Investigación Acción Participativa (IAP), la educación invertida o la etnografía colaborativa permiten abrir grietas epistemológicas a favor de narrativas juveniles populares.

Así que construir proyectos como radios comunitarias escolares, *podcasts* de memoria barrial, talleres de crónicas populares no son simplemente ejercicios de comunicación: son actos políticos de producción de ciudadanía territorial. Como señala Haesbaert (2011): “La territorialización simbólica se da en los procesos donde la palabra, la memoria y la resistencia se encarnan en el espacio vivido” (p. 63).

En cada relato oral, en cada testimonio rescatado, en cada historia de vida compartida, se siembra también el derecho a existir y a ser narrado dignamente. Es como sembrar un grano de café en la ladera: necesita cuidado, escucha, paciencia, pero un día, su aroma de dignidad liberada inundará la ciudad que antes quiso callarlo.

Como se ha venido integrando, sembrar la palabra, entonces, no es un acto menor: es devolverle al joven su derecho a narrar su mundo, a resistir el olvido, a plantar su voz como semilla de memoria, de identidad y de esperanza. Contar lo que sigue a continuación, esto en primera persona, no es un gesto de autoría, sino más bien de testimonio. Fui testigo —y parte— de un proceso donde la palabra sembrada por los jóvenes transformó el aula en territorio, y la voz en café cultivado con memoria.

Desde mi experiencia, he podido ver cómo esa siembra ocurre en el terreno fértil de la educación pública. En el año 2024, en la Escuela Normal Superior San José de Pácora, Caldas, participé como artista formador del programa presidencial: *Sonidos para la Construcción de Paz*. Allí, en medio de montañas, patios escolares y salones convertidos en talleres creativos, acompañé a estudiantes de grados séptimo a décimo en un proceso profundamente pedagógico: componer sus propias canciones desde sus propias historias.

Cada letra surgía de un ejercicio de escucha colectiva. Hablábamos del agua, de las montañas, de los dolores del pueblo, de los abrazos maternos, de las fiestas, de los personajes cotidianos. Les preguntaba: ¿qué suena en su territorio?, ¿qué historias guardan sus calles?, ¿qué sienten cuando piensan en su comunidad? Ellos respondían con palabras, pero pronto también con versos, con ritmos, con metáforas. Yo los guiaba, claro, pero no como quien dicta una clase, sino como quien ayuda a fermentar una idea, como quien tuesta el grano de café sin imponerle su aroma.

De esas sesiones que se desarrollaron en el segundo semestre escolar del 2024 nacieron canciones como “*Orgullo de mi pueblo*” en ritmo de cumbia amazónica, “*La cumbia del agua y el fuego*”, una cumbia colombiana, “*Bella mujer*” un pasillo lento y “*Agüita pa’l pueblo*” un bello bambuco colombiano. No fueron simples ejercicios musicales. Fueron narrativas territoriales sonoras, verdaderos manifiestos de identidad. En cada composición, los estudiantes nombraron su mundo: lo cotidiano y lo simbólico, lo ancestral y lo afectivo. La palabra dejó de ser un contenido escolar para convertirse en un canal de agencia y ternura.

Hubo una canción dedicada a la figura del cuidado: la madre, otra al agua como fuente de vida, otra a un ciclista local convertido en héroe regional, y una más a una trabajadora escolar, Doña Martica, cuya labor silenciosa fue reconocida en medio de aplausos. Esos gestos narrativos, por pequeños que parezcan, son actos de justicia simbólica: ahí donde la escuela a veces silencia, la música permitió hablar con fuerza, sin violencia, desde el corazón.

No puedo mostrar imágenes ni registros por razones de protección de datos, pero lo sembrado en esas aulas sigue floreciendo. Porque como el café que se cultiva en los suelos de esta tierra, estas canciones brotan del afecto, de la experiencia, de las raíces. Y cuando son compartidas —en una tarima, en un aula, en una reunión de padres—, su aroma pedagógico se expande: una mezcla de dignidad, comunidad y esperanza.

Semilla pedagógica N.º 3: Sembrar el porvenir, prácticas del inédito viable

Educar es siempre, en su raíz más profunda, un acto de esperanza concreta. Sembrar en el corazón de quienes caminan territorios heridos por la exclusión, no es sembrar promesas vacías; es abrir surcos en la memoria, en la dignidad, en la imaginación colectiva.

Paulo Freire, en *Pedagogía de la esperanza* (1994), lo expresa con la sencillez y la fuerza de quien cree en lo posible aún no realizado: “Esperanza no es esperar de brazos cruzados. Es trabajar por aquello que todavía no existe, pero que se anuncia en el gesto, en la palabra, en la siembra del presente” (p. 16) Sembrar el porvenir significa invitar a los y

las jóvenes a imaginar futuros distintos desde los mismos territorios donde hoy enfrentan exclusión. Significa reconocer en la ladera erosionada, en el muro descascarado, en el callejón olvidado, el potencial de otro mundo posible.

En Manizales, donde las brechas territoriales dividen el acceso a los derechos básicos, sembrar el porvenir es convocar a la juventud a diseñar, soñar, inventar nuevos usos de su espacio vivido: una huerta donde antes hubo escombros, una radio comunitaria donde hubo silencio, una plaza de encuentro donde hubo abandono.

No es una tarea ingenua. Es, como recuerda Haesbaert (2011), un acto de multiterritorialización esperanzada:

"La producción de nuevos territorios simbólicos no depende solo de resistir a la desterritorialización, sino también de atreverse a construir espacios afectivos, políticos y sociales inéditos" (p. 99).

En los procesos pedagógicos, esto puede traducirse en proyectos escolares y comunitarios de futuro territorial: invitar a los jóvenes a trazar mapas de los barrios soñados, a escribir cartas al mañana, a componer canciones que narren la ciudad que desean habitar. La educación no puede seguir limitándose a hablar del pasado o a diagnosticar el presente. Como bien indica Freire (2002) en Cartas a quien pretende enseñar: "Enseñar exige la invención, la reinvención. Enseñar exige alegría y esperanza" (p. 58)

Así como el caficultor que, al sembrar en la pendiente, no busca resultados inmediatos, sino que confía en el tiempo lento del grano, en la paciencia del sol y de la lluvia, el educador territorial debe sembrar preguntas, inquietudes, posibilidades en el corazón juvenil.

Sembrar el porvenir no es ofrecer caminos hechos; es dejar abiertos los surcos para que otros sueños germinen, para que otras mañanas -las de ellos, las de ellas- puedan amanecer sobre una ciudad más justa, más viva, más nuestra.

Semilla pedagógica N.º 4: Sembrar desde la vida, pedagogías situadas

Educación no es una tarea de sobrevolar la vida de los otros, lanzando contenidos como si fueran semillas al viento. Educación -al menos desde una perspectiva crítica y territorializada- exige pisar la tierra, reconocer sus cicatrices, sus ritmos, sus luchas. Solo quien siembra desde la vida concreta puede realmente cultivar aprendizajes emancipadores.

Paulo Freire, en *Cartas a quien pretende enseñar* (2002), nos recuerda: “No hay enseñanza sin aprendizaje. Y el aprendizaje auténtico sólo se da cuando los contenidos son significativos para quien aprende, cuando hacen parte de su mundo” (p. 34).

Sembrar desde la vida significa, entonces, reconocer que los contenidos educativos deben emerger de las experiencias territoriales reales de las y los jóvenes: sus barrios, sus caminos, sus memorias, sus problemáticas cotidianas. En Manizales, esto implica que no podemos seguir enseñando ciudadanía como una teoría pesada, o escueta, tediosa, mientras que las juventudes enfrentan diariamente lógicas de exclusión territorial, movilidad restringida, pobreza estructural y estigmatización espacial.

La experiencia de la Comuna San José —narrada en el informe *Víctimas del desarrollo*— es paradigmática. Allí, las y los jóvenes han debido enfrentarse a un proceso sistemático de despojo urbano bajo la narrativa del progreso. El llamado “macroproyecto” no solo transformó el espacio físico, sino que impuso silencios, desplazó historias, fracturó vínculos (Comisión de la Verdad Comuna San José, 2022). Frente a ello, colectivos como la Universidad de la Tierra han sembrado saberes desde la salud comunitaria, la agroecología, la memoria barrial y la pedagogía afectiva.

Como sostiene Lefebvre (1978) en *El derecho a la ciudad*: “La ciudad debe ser no sólo un objeto de consumo, sino un espacio vivido, donde los habitantes participen de su producción simbólica y material” (p. 102). Este principio ha sido puesto en práctica por jóvenes manizaleños a través de cartografías populares, performances en la calle, caminatas pedagógicas y tejidos comunitarios. Las iniciativas relatadas en *Memorias de barrio y Construir un NosOtros* muestran cómo la vida cotidiana se convierte en fuente legítima de saber pedagógico: el barrio como aula, la esquina como archivo, la calle como relato.

Una pedagogía situada, inspirada en Freire, invita a construir los programas de ciencias sociales, cátedra de paz y educación ética desde los temas emergentes del territorio: violencia urbana, desplazamientos, estigmatización barrial, topofilias, resistencias culturales. Esto no significa improvisación, sino currículos vivos, en diálogo constante con las realidades del espacio vivido.

Una pedagogía situada, como la que soñaba Freire, no se escribe desde la distancia ni desde la rigidez del contenido enlatado. Se cultiva desde el territorio, como quien baja al surco con las manos abiertas, dispuesto a dejarse manchar por la tierra. Los programas de ciencias sociales, cátedra de paz o la misma educación ética no pueden seguir sirviéndose en tazas frías. Hay que infundirlos con los aromas que emanan de las realidades que los estudiantes viven, piensan, caminan y cargan a cuestas. Hablar de violencia urbana, desplazamientos o estigmatización barrial no es un tema de manual, sino de carne, memoria y cicatriz.

En mi experiencia, el aula se transforma cuando dejamos de preguntar “qué dice el libro” y comenzamos a preguntar “qué está diciendo el barrio”. Es ahí donde comienzan a brotar actividades vivas, donde se vuelve posible - y urgente- caminar con los estudiantes su propia ruta a la escuela, trazar con ellos, por ejemplo, “mapas del miedo” o armar en colectivo los “diarios del silencio”. No enseñamos con estadísticas, sino con relatos: los suyos, los de sus abuelos y familiares, los del callejón donde se perdió un amigo o el muro donde alguien escribió “aquí resistimos” “Kumanday” u “Holocausto Norte”.

Cuando se habla de desplazamiento intraurbano, como el que ha marcado a tantas familias de la comuna San José, en Manizales no basta con explicarlo: hay que narrarlo. De allí, invitar a los jóvenes a construir líneas de tiempo familiares, a entrevistar a sus mayores o a reconstruir en collage lo que significó “irse del barrio” puede convertirse en una forma de resembrar pertenencia. Esas actividades no solo abren conversaciones sensibles, también ayudan a recuperar lo que el desarraigo intentó arrebatar: el derecho a ser contado.

La estigmatización barrial se combate desde la dignificación de la palabra y la imagen. Por eso, propongo -y he visto florecer- talleres que llamo cartografías del orgullo: aquí, cada estudiante dibuja no lo que falta en su barrio, sino lo que lo hace suyo. Un árbol,

una cancha, un recuerdo. En paralelo, se pueden crear murales colectivos en la escuela o colegio, donde lo que se pinta no es solo arte, sino voz extendida. La escuela deja de ser refugio y se convierte en altavoz del territorio.

Explorar la toponimia - ese amor íntimo y a veces roto por el lugar - puede hacerse a través de rutas afectivas: caminatas donde cada joven es guía por una esquina, un mirador, una casa, un lugar que guarda algo suyo. Esa actividad convierte el recorrido escolar en ritual de reconocimiento mutuo. Porque cada calle es un texto que merece ser leído, con todos los sentidos.

Y al hablar de resistencias culturales, no hay que tener miedo de dejar que la escuela se “contamine” del afuera. El grafiti, el hip hop, los torneos barriales, las cocinas comunitarias, los festivales de arte local, no son ruido: son palabra encarnada. Integrarlos en el aula -a través de cortometrajes, podcasts, fanzines, cajas de memoria, o archivos de saberes del barrio- es permitir que la escuela aprenda también de quienes la rodean.

En todo esto, el rol del docente no es el del experto que reparte contenido, sino el del caficultor paciente, que aprende a leer la montaña, a entender el clima, a saber, cuándo sembrar y cuándo dejar que la semilla descanse, sobre todo esto, porque enseñar, cuando se hace con el oído en el suelo, es acompañar procesos, es activar preguntas y dejar que el territorio hable. Y entonces, sí: el currículo deja de ser fórmula para volverse surco. No se dicta, se cultiva. Es café que se muele con las manos del territorio y se sirve tibio, en juntanza, como conversación que nutre y transforma.

Semilla pedagógica N.º 5: Sembrar con ternura, comunidades críticas de aprendizaje

Formar en los territorios marcados por la desigualdad exige algo más que métodos o contenidos; exige un modo de estar, de habitar la relación pedagógica. No basta la crítica fría, ni alcanza la denuncia dura si no es sostenida por una paradójica ternura radical: aquella que reconoce la dignidad del otro y la otra y apuesta por su florecimiento colectivo.

Paulo Freire, en *Pedagogía de la esperanza* (1994), insiste en que: “La esperanza es un acto de amor. Y el amor verdadero no es acomodaticio, es lucha, es compromiso”(p. 44).

Sembrar comunidades críticas de aprendizaje supone entonces, que construyamos espacios educativos donde la crítica no sea un ejercicio de cinismo ni de distanciamiento, más bien una práctica amorosa que interpela, que provoca, pero que también abraza y sostiene.

Provocaciones como los círculos de diálogo, asambleas escolares barriales, proyectos de acción comunitaria no son solo dispositivos metodológicos: son modos de sembrar relaciones donde el saber y la transformación social se cultivan en red, en comunidad, en territorio.

Este principio es vital para pensar procesos educativos que no infantilicen a los y las jóvenes, que no hablen sobre sus realidades sin su presencia, sino que los convoquen como interlocutores críticos, capaces de analizar su realidad y de actuar sobre ella colectivamente.

En el caso de la ciudad de las puertas abiertas, donde las juventudes populares enfrentan diariamente estigmas, barreras simbólicas y territoriales, sembrar con ternura implica apostar por procesos donde la palabra juvenil no solo sea escuchada, sino también validada, enriquecida y potenciada, generando ecos de acción.

Como plantea Haesbaert (2011), el territorio también se constituye a través de afectos, de vínculos, de sentidos compartidos: *"La territorialización afectiva es una forma de resistencia frente a la desterritorialización forzada: rehacer el espacio vivido a través de la solidaridad y la memoria"* (p. 112).

Sembrar con ternura no significa evitar el conflicto o negar las diferencias; aún más, significa atravesarlas con respeto, con escucha activa, con el compromiso ético de construir saberes situados que dignifiquen los "márgenes" urbanos, que devuelvan a las juventudes el derecho a habitar su ciudad no solo como espacio físico, sino como territorio de sentido y de esperanza.

Así como el café, que para liberar su mejor aroma necesita del tueste lento, del fuego justo, de la molienda paciente, la educación territorial necesita de ese cuidado amoroso que no impone, sino que acompaña; que no adoctrina, sino que invita a pensar, a resistir, a sembrar dignidad en colectivo. Las semillas brindadas a lo largo de este ensayo no buscan clausurar caminos, ni ofrecer fórmulas para resolver lo inconcluso. Son apenas

surcos abiertos en la tierra viva de los barrios, en las calles gastadas por el paso de los días, en los cuerpos jóvenes que, aún en esta fragmentación, insisten en inventarse ciudad, su ciudad.

Cada semilla pedagógica aquí compartida no pretende ser una receta ni un mapa terminado. Es como el café que se ofrece en la casa abierta, una invitación sencilla y profunda: a caminar juntos, a sembrar en compañía, a escuchar los rumores de la tierra que todavía guarda memorias sin nombre, esperando a quien las llame.

El café, al igual que la educación que anhelamos, no se consume de inmediato ni se elabora en masa. Requiere calma, atención, oído atento y fuego apacible. Es necesario el fuego colectivo que embriaga la palabra y le otorga un toque de dignidad. De igual manera que un café de tipo exportación dura mucho tiempo tras su último trago (el retrogusto), anhelo que las intrigas aquí plantadas no se desvanezcan al deslizarse la página. Deseo que dejen una huella suave y esencial en quien enseña, en quien aprende y en quien guía los territorios que se transforman desde la tierra.

No se ofrece aquí una sola conclusión que cierre el camino. Se comparten, más bien, provocaciones para continuarlo: para seguir sembrando pedagogías que broten del territorio vivido, de las calles transitadas, de los afectos compartidos, de los sueños todavía por nombrar. Porque educar, al fin y al cabo, es eso: confiar que en cada grano sembrado, en cada palabra dicha con ternura y con crítica, habita una cosecha que quizá no veremos germinar, pero que otros sabrán reconocer como suya.

4. Conclusión

4.1 El retrogusto del territorio, lo que permanece cuando el café se *enfría*

El sabor que queda es el de la calle que se resistió a olvidar. Al llegar a este punto, cuando la molienda ha callado y el café ha dejado su aroma en el aire, el territorio no se presenta como algo concluido, sino como una promesa aún germinante. Las semillas que se han ido sembrando a lo largo de este ensayo no cierran caminos: abren otros. No pretenden dar respuestas definitivas, sino provocar nuevas preguntas, como quien avanza en un sendero aún húmedo por la lluvia, dejando huellas que otros continuarán.

El objetivo general propuesto: analizar cómo las pedagogías del espacio vivido, gestadas por juventudes organizadas en los márgenes urbanos de Manizales, se configuran como formas de reterritorialización que desafían el orden urbano hegemónico y trazan caminos posibles hacia la justicia territorial, encuentra respuesta en que la juventud popular no solo habita el margen: lo resignifica, lo disputa y lo reinventa.

La educación que se siembra en estos territorios no es la que baja desde los decretos o las aulas cerradas. Es una educación forjada en la calle, en la esquina, en el huerto improvisado, en el mural pintado bajo el sol. Como plantean Lefebvre (1978) y Harvey (2012), el derecho a la ciudad no es solo derecho al espacio físico, sino a la producción simbólica y social del territorio.

Las juventudes de Manizales, a través de experiencias como las de *Comunativa*, *Corporación Nodo*, *Fundación Cultura Viva*, *Fundación Huellas de Vida* y *Voces de Aliento*, han demostrado que educar desde el territorio implica resistir la estigmatización, resignificar las huellas del despojo y sembrar dignidad donde antes solo había abandono.

No hablamos de proyectos aislados o de intervenciones asistencialistas. Estamos hablando de prácticas continuas de reterritorialización, de educación popular viva, que germinan como semillas en el suelo fragmentado de la ciudad. Haesbaert (2011) lo señala con claridad: el territorio no es sólo un espacio geográfico, es también un espacio simbólico de disputa, de memoria y de afectos.

Desde la perspectiva de Freire (1970; 1994; 2002), estas pedagogías juveniles encarnan la educación como práctica de libertad. No es la juventud a quien hay que "salvar", sino con quien hay que caminar, dialogar y construir caminos nuevos. Educar no es imponer verdades, sino crear condiciones para que las palabras y los sueños germinen en tierra fértil.

Las cinco *Semillas Pedagógicas* aquí esbozadas: *sembrar el territorio, sembrar la palabra, sembrar el porvenir, sembrar desde la vida y sembrar con ternura*. No son recetas acabadas. Son provocaciones abiertas para docentes de ciencias sociales, formadores y formadoras en cátedra de paz, educadores y educadoras populares y para cualquier persona que quiera formar, no simplemente desde arriba, sino desde el territorio compartido, experimentado, vivido... El Trasegado.

Cada semilla que será un cafeto invita a un acto amoroso y crítico:

- Desaprender las lógicas de imposición.
- Nombrar el mundo desde las voces silenciadas.
- Imaginar futuros territoriales inéditos.
- Construir saberes desde la vida real, no sobre ella.
- Y, sostener el aprendizaje en comunidades de afecto y de lucha.

La metáfora del café, (ese café que se cultiva y se trata —en las laderas manizaleñas y en el eje cafetero—, que se recoge con manos curtidas, que se tuesta lentamente en fogones colectivos) nos recuerda que educar es también cuidar los tiempos, respetar los ritmos, honrar la memoria que se cuece a fuego lento. Educar en los territorios populares no es únicamente una tarea escolar: es un acto político, un acto ético, un acto de esperanza activa.

Este ensayo deja abiertas varias rutas para profundizar en el futuro inmediato:

- Investigar sistemáticamente las pedagogías territoriales juveniles en otras comunas y ciudades intermedias de Colombia.
- Diseñar proyectos educativos de aula y vinculados a los proyectos inter y transdisciplinarios en instituciones formales y no formales, que en la actualidad se denominan: educación para el trabajo y el desarrollo humano (ETDH), que articulen

orgánicamente saberes populares y saberes académicos, sin jerarquías ni asistencialismos.

- Reflexionar críticamente sobre los límites y tensiones entre la educación formal y las prácticas de educación popular juvenil.
- Acompañar procesos de construcción colectiva del derecho a la ciudad como práctica pedagógica emancipadora.

No se entregan aquí certezas. Se entregan *semillas*. Y confío en que, como el buen café que resiste el tiempo y la prisa, el aroma de la dignidad y de la justicia territorial seguirá impregnando las calles, las aulas, las memorias y los sueños por venir. Porque al final, como en todo territorio que se niega a olvidar, el sabor que queda es el de la calle que resistió.

Queda entonces la invitación abierta:

- *A escuchar “este café” no sólo como un final, sino como una motivación a continuar.*
- *A leer con el oído.*
- *A sembrar con la voz.*
- *A habitar también desde las artes, el retrogusto inacabado del territorio que se resiste a olvidar.*

5. Referencias

5.1 Raíces Bibliográficas

- Aguirre Corrales, A., Quintero Sánchez, GD, Acosta Rodríguez, LD, Franco Castiblanco, E., Mayo, D., Téllez, L., Arango, GS, Restrepo Naranjo, JJ, Vargas Gómez, J., Hernández Sánchez, D., Sánchez, CD, Carvajal, S., & Corrales, AA (2025). *Memorias de barrio* [Documento PDF]. Fundación Cultura Viva.
- Alcaldía de Manizales. (2025). *Consulta Cartografía Temática POT Urbano - Manizales Caldas* [Mapas satelitales]. Sistema de Información Geográfica Municipal.<https://sig.manizales.gov.co/app/2022-Consulta%20Ortofotomapa%20LIDAR%20Manizales/>
- Alcaldía de Manizales. (sf). *Oficina de Infancia, Adolescencia y Juventud*. Centro de Información Manizales. Recuperado el 28 de abril de 2025, de <https://centrodeinformacion.manizales.gov.co/secciones/secretarias/secretaria-de-desarrollo-social/oficina-de-infancia-adolescencia-y-juventud/>
- Amaya Gómez, M. (2018). *Construir un NosOtros en la tierra: Cuerpos, territorios y pedagogías decoloniales*. Universidad Nacional de Colombia, Sede Manizales - Centro de Pensamiento Ambiental.<http://cpambientalaamaya.manizales.unal.edu.co/images/Libros/Construir%20un%20No%20sOtros%20en%20la%20tierra.pdf>
- BC Noticias. (2023, 10 de agosto). *En el Concejo de Manizales se debatió sobre los asentamientos ilegales de la ciudad*. <https://www.bcnoticias.com.co/en-el-concejo-de-manizales-se-debatio-sobre-los-asentamientos-ilegales-de-la-ciudad/>
- Borja, J. y Muxí, Z. (2003). *El espacio público: ciudad y ciudadanía*. Observatorio del Espacio Público.https://observatorio.dadep.gov.co/sites/default/files/documentos/li09_el_espacio_publico.pdf
- Botero-Gómez, P. (2015). Pedagogía de los movimientos sociales como prácticas de paz en contextos de guerra. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 13 (2), 1191-1206.http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1692-715X2015000200045
- Comisión de la Verdad Comuna San José. (2022). *Víctimas del desarrollo: Entre el desespero y la esperanza*. Centro de Estudios Independientes - Color

Tierra. https://drive.google.com/drive/folders/lb_pjWwX9AKLhJ0EUotL_e9dEI2f0Tno6

Congreso de Colombia. (1994). *Ley 115 de 1994: Por la cual se expide la Ley General de Educación*. Diario Oficial N°

41.214. https://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-85906_archivo_pdf.pdf

Corporación Nodo. (2024a). *Corporación Nodo Manizales*.

<https://corporacionnodoman.wixsite.com/nodo/>

Corporación Nodo. (2024b). *Cultura Viva: La posibilidad del amor*.

<https://corporacionnodoman.wixsite.com/nodo/cultura-viva-o-la-posibilidad-del-amor>

Corporación Nodo. (2024c). *Marcha Carnaval Caldas*.

<https://corporacionnodoman.wixsite.com/nodo/marcha-carnaval-caldas>

Corporación Nodo. (2024d). *Naak: Memorias del agua*.

<https://corporacionnodoman.wixsite.com/nodo/naak-memorias-del-agua>

Escobar, A. (2022). Prólogo. En Comisión de la Verdad Comuna San José, *Víctimas del desarrollo: Entre el desespero y la esperanza* (págs. 15-20). Centro de Estudios Independientes.

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.

Freire, P. (1994). *Pedagogía de la esperanza: Un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.

Freire, P. (2002). *Cartas a quien pretende enseñar* (2.ª ed.). Siglo XXI Editores.

Fundación Comunitaria. (2024). *Jóvenes sembrando huertas: Comunitaria San José, Manizales*. <https://jovenessembrandohuertas.github.io/jsh/>

Fundación Cultura Viva. (sf). *Fundación Cultura Viva, Manizales* [Página de Facebook]. Facebook. Recuperado el 28 de abril de 2025, de <https://www.facebook.com/fundacionculturaviva.manizales/>

Fundación Huellas de Vida. (sf). *Fundación Huellas de Vida, Manizales* [Página de Facebook]. Facebook. Recuperado el 28 de abril de 2025, de <https://www.facebook.com/huellasdevida.manizales/>

Fundación Voces de Aliento. (sf). *Fundación Voces de Aliento Manizales* [Perfil de Instagram]. Instagram. Recuperado el 28 de abril de 2025, de <https://www.instagram.com/vocesdealiento.oficial/>

- Google. (2025). *Gemini* [Modelo de inteligencia artificial generativa]. <https://gemini.google.com/>
- Grinberg, S. (2015). Dispositivos pedagógicos, gubernamentalidad y pobreza urbana en tiempos gerenciales. Un estudio en la cotidianeidad de las escuelas. *Propuesta Educativa*, 24 (43), 123-130. <https://propuestaeducativa.flacso.org.ar/wp-content/uploads/2019/11/43-art-Silvia-Grinberg.pdf>
- Haesbaert, R. (2011). *El mito de la desterritorialización: del fin de los territorios a la multiterritorialidad*. Siglo XXI Editores.
- Haesbaert, R. (2014). *Territorialidades alternativas: del control del espacio al control en el espacio*. UNAM, Instituto de Geografía.
- Harvey, D. (2012). *Ciudades rebeldes: del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Akal.
- Lefebvre, H. (1978). *El derecho a la ciudad*. Ediciones Península.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing Libros.
- Manizales Cómo Vamos. (2022). *Índice de progreso juvenil de Manizales 2022*. Programa Manizales Cómo Vamos. <https://manizalescomovamos.org/documentos/indiceprogresojuven2022.pdf>
- Manizales Cómo Vamos. (2023). *Informe de Calidad de Vida Manizales 2023*. Programa Manizales Cómo Vamos. <https://drive.google.com/file/d/1KKnoFpxNAynt9cwzUey77lmpYae90Zu/view>
- Moncayo, VM (2009). Fals Borda: Hombre hicoitea y sentipensante. En O. Fals Borda, *La ciencia y el pueblo: Nuevos caminos de la investigación participativa* (págs. 9-19). CLACSO & Siglo del Hombre Editores. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20160304050141/01pres.pdf>
- Narrativa Urbana MZL. (2024, noviembre). *XI edición del festival de muralismo en Belalcázar, Caldas* [Perfil de Instagram]. Instagram. <https://www.instagram.com/narrativasurbanasmzl/>
- Ortega, DI (2014). *Mapa de Manizales por comunas*. Blog personal. <https://diana-isabel-ortega-rianos5.webnode.com.co/news/las-comunas/>
- Páramo, P. (2009). Pedagogía urbana: elementos para su delimitación como campo de conocimiento. *Revista Colombiana de Educación*, (57), 14-27. <https://www.redalyc.org/pdf/4136/413635251002.pdf>

- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto*. Norma.
- Reguillo, R. (2019). *Culturas juveniles: formas de subjetivación en tiempos de incertidumbre*. Siglo XXI Editores.
- Rodríguez, I. (2022, 19 de octubre). *Cultura Viva: La familia de los Andes*. Azul Naranja - Universidad Católica Luis Amigó.
<https://azulnaranja.ucatolicaluisamigo.edu.co/?p=12828>
- Salazar Arana, D. (2019). Barrismo social y política pública para la convivencia en el fútbol: experiencias transformadoras en las ciudades de Bogotá y San Juan de Pasto. *TransPasando Fronteras*, (13).<https://doi.org/10.18046/retf.i13.3399>
- Señor Coffee Topic. (2019, 17 de septiembre). *Susurrao* [Vídeo]. YouTube.
<https://www.youtube.com/watch?v=VABkJhr0eds>
- Señor Coffee. (2019). *Susurrao* [Canción]. En *Zafarrancho*. Señor Coffee.
- Sonidos para la Construcción de Paz. (2024a). *Sonidos para la paz: Programa Nacional de Cultura y Paz*. Gobierno de Colombia. <https://sonidosparalapaz.co/>
- Sonidos para la Construcción de Paz - Caldas. (2024b). *Sonidos para la paz - Caldas*. Universidad de Caldas. <https://sonidosparalapaz.ucaldas.edu.co/>
- Sosa Velásquez, M. (2012). *¿Cómo entender el territorio?* Editorial Cara Parens.
- Sosa, M. (2014). *Territorio y territorialidades: una introducción conceptual*. CLACSO.
- Tuan, Y.-F. (1974). *Topofilia: Un estudio de la percepción ambiental, las actitudes y los valores*. Prentice-Hall.
- Tuan, Y.-F. (1977). *Espacio y lugar: La perspectiva de la experiencia*. Prensa de la Universidad de Minnesota.
- Universidad de Manizales IPJ. (2022). *Índice de Progreso Juvenil de Manizales 2022*. Universidad de Manizales.
- Zuluaga, JA y Grisales, LF (2018). (In)justicia territorial en el proceso de urbanización: el caso de Manizales. *Revista Territorios*, (39), 123-150.